

HISTORIA DE LOS DIOSSES MIGUEL COBALEDA

Obra completa

ISBN: 84-699-0539-2

Registro de la Propiedad Intelectual: nº 00-1998-14945- de 10-6-1998

Depósito legal: nº S-626-1999

Revisando por excepción mis escritos, especialmente los últimos libros, me salta a la vista de golpe lo invisible, es decir: una ausencia, pero tan evidente y notoria, que me urge llenar prontamente ese vacío. Nunca me he ocupado de los dioses, tema esencial y que sin embargo he descuidado en mis textos.

¡Oh, claro, los dioses en mis escritos salen siempre!... Pero una cosa es un recurso literario, una metáfora del destino o del azar, y otra muy diferente una teodicea pormenorizada, pues no es lo mismo decir *'tus ojos son tan azules como el mar'* que redactar un tratado de oceanología.

Estas páginas tratan de remediar ese descuido en la medida en que es posible conseguir que los dioses hablen de sí mismos (y sean veraces). Como la naturaleza de tales protagonistas es tan independiente y unívoca, cada texto es en sí mismo un todo aislado, no se refiere ni relaciona con los otros, sean anteriores o posteriores, y no pertenece a estructuras donde otros también se integren y de cuya coherencia sean deudores. La coherencia y los dioses...

Cero

Vi la orilla de un mar infinito que no tenía orillas y en la cual se juntaban un cielo y una tierra de transparente nada. El mar estaba en calma y en calma estaba el cielo, reposaba la tierra en su más tranquilo ser.

Y vi un anciano sin edad y sin tiempo que dibujaba en la arena dibujos infinitos. Y cada dibujo era un mundo y cada mundo un tiempo y cada tiempo un espacio y cada espacio un evo y cada evo un universo.

Y vi en cada universo un firmamento estrellado en un soporte eterno, y cada estrella se adornaba con planetas de fuego y en un planeta muerto de una estrella muerta pude ver la orilla de un mar infinito que no tenía orillas y en la cual se juntaban un cielo y una tierra de transparente nada. El mar estaba en calma y en calma estaba el cielo, reposaba la tierra en su más tranquilo ser.

Y vi un anciano sin edad y sin tiempo que dibujaba en la arena dibujos infinitos. Y cada dibujo era un mundo y cada mundo un tiempo y cada tiempo un espacio y cada espacio un evo y cada evo un universo.

Yo lo vi, todo lo vi yo en medio de mi ceguera.

I

Estaba yo colocado de observador de redenciones en un planeta de mierda, ya no sé cuál, el tercero de no sé qué estrella de mediana magnitud, un sitio horrible donde la redención en cuestión estaba muerta y enterrada y quizá nunca la hubo (creían que la justicia era cosa de jueces...) cuando me sucedió algo impensable y mágico, que nunca he podido olvidar: de repente unas gentes que se llamaban algo así como zíngaros errantes, aparecieron bajo mis ventanas produciendo música.

Pero qué música.

Mala, que conste, mala, ni siquiera de ese Bach de cuya creación e inspiración tanto presume mi amigo el dios 908@*4"Dµ@<4@H, pero constreñida en el vehículo de unos decibelios tan brutales que no solamente mis oídos, las paredes, los aires, los cristales, los huesos (al fin supe para qué los huesos, fruto de un diseño imperfecto que incluso había tenido que asignarlos al sistema sanguíneo, y de repente supe por qué los huesos, para qué los huesos, que vibraban y me hacían temblar desde hasta, hasta desde), todo se acompasaba a ese ritmo milagroso y frenético, qué música, ni siquiera supe cuál, de tan alta, de tan potente, de tan atronadora.

Hombre mío, qué portento.

Así que dejé mi puesto de observación, qué importaba la marcha de una redención de tercera en un mundo de tercera, como si se iba todo al tacho, ya lo estaba, y me fui, solo y solitario, a un universo vacío de mi propia invención y creación aislada. Inventé una música infinita y la hice sonar a lo bestia sobre montes y cañadas, sobre océanos y estrellas, removiendo los aires en masas sin término, trepidando rocas milenarias hasta deshacer su estructura por arte del ritmo, qué inefable placer sentado a solas en medio del sonido, y sonando a mi lado toda partícula y montaña y constelación y océano... sonando en mi dentro, dentro de mí, dentro de un alma tan sensible que... pero a qué vienen estas explicaciones para sordos...

Baste decir que la frenética melodía, subiendo y subiendo a instancias de mi furia y desenfreno, acabó por reducir a migas el universo entero, hacerlo una masa esponjosa y maleable de sonido y de ritmo, del que luego, no sé cuándo, se produjeron estrellas y mundos y cometas y planetas y, para no perder ni un instante el placer de semejante música, me fui de observador de redenciones a uno de sus pedruscos apagados y errantes, donde creé exprofeso unos zíngaros errantes que hago aparecer de vez en cuando bajo mis ventanas. La redención de este sitio no sé cómo va, no me ocupo, que dure mucho, mientras haya música...

II

Tengo mala fama entre mis compañeros dioses y diosas: soy el pesado que siempre habla de los hombres. Los hombres para arriba, los hombres para abajo, tema eterno del que nunca sé desprenderme, que sale en todos mis escritos, al que a la postre todo se reduce. Los hombres equivalen al argumento único, son, claro está, el misterioso amor, el no menos misterioso tiempo, la misteriosa y tenebrosa muerte que tantos de los míos buscan con afán y nunca encuentran.

Los hombres, los hombres con su pasado, su hoy y su mañana, los hombres y sus recuerdos, los hombres y su amor y su odio, los hombres y la felicidad, los hombres y el destino, los hombres y la muerte... Temas todos que los dioses ni conocemos ni entendemos, tan lejanos como somos y estamos de ser hombres... Lo aceptarían mis amigos como una charla de tertulia, una vez, una sola vez, pero siempre... Al parecer yo siempre estoy con el tema, nunca se me cae de la boca, nunca lo dejo, cualquier asunto lo reduzco al hombre, sea el tema que sea siempre saco al hombre, los hombres, mejor dicho, pues resulta que suelo citarlos en plural, soy uno de esos asquerosos polihumanistas que hace mil evos que no están de moda.

¿Qué puedo decir?... La verdad es que no sé cuál es la razón, surgen de forma natural en todas las ocasiones, no tengo sensación de traerlos forzosamente a los temas de la conversación o a los argumentos de los escritos, su presencia se ve cimentada dentro de estructuras en donde cobran pleno sentido sin que yo violente las cosas. ¿Se habla de la eternidad, asunto siempre presente en las conversaciones de los dioses?... Pues qué más natural que hablar de los hombres y del tiempo, su antes, su ahora y su luego, esa nebulosa división que los hace tan misteriosos e inefables. ¿Se habla del sentido de la existencia?... Pues qué más a colación que el tema de la felicidad y del destino, temas humanos por excelencia. ¿Se habla de la relación que tenemos-no-tenemos entre nosotros?... Pues qué más lógico que hablar del amor, del odio, de la amistad, del rencor, todos esos asuntos que los dioses ignoramos y los hombres manejan a diario, como si fuesen algo...

A mí siempre me parece que el tema de los hombres viene a cuento, no es que lo saque yo, es que sale él solo. Dicen mis amigos que yo tengo vocación de hombre, y se ríen de mí al decirlo porque, claro, todos los dioses tenemos vocación de hombre, no faltaba más, menuda diferencia entre ellos y nosotros. Pero en medio de su broma aciertan sin saberlo, porque sí que la tengo y la tengo del todo: me gustaría ser hombre aunque hubiese de seguir siendo eterno, me gustaría ser hombre aunque tuviese desde ahora que renunciar a la muerte y al tiempo y a todos los otros temas humanos. ¿Qué sentido tiene, entonces, lo que digo? ¿Quisiera ser hombre sin serlo? No: quiero ser hombre y para serlo no me importa tener que aguantarme con este miserable estado de dios, ser hombre aunque no pueda morir y tenga que serlo eternamente.

III

Siempre me ha gustado escribir por mí mismo las crónicas de mis propios universos y los relatos de mis propias redenciones. Disfruto con ello, aunque no es ésa la razón, sino que me parece que así resulta todo más auténtico, tengo la sensación de que de este modo me ocupo de mis mundos de forma más personal. Pero otros dioses no piensan lo mismo. Uno de mis amigos, que odia escribir hasta negarse a la simple correspondencia amistosa, encarga de las crónicas y los relatos a diversos profetas a los que dicta palabras, inspira conceptos y usa en general como amanuenses y testigos.

Nunca he estado de acuerdo con semejante sistema, disperso, peligroso y propio de un creador haragán (o ágrafo). Y le da problemas. Por ejemplo, los profetas no siempre siguen la inspiración y muchas veces añaden e interpolan por su cuenta. Además, esos testigos son múltiples porque mueren y tienen que ser sucedidos por otros profetas con diferentes gustos y caprichos interpoladores. Muchos son sujetos desaprensivos que incluyen en los escritos sagrados sus propios intereses y obsesiones, se dejan comprar por el poder y usan su influencia como amanuenses del dios para corregir los propósitos de éste.

En su mundo han surgido religiones múltiples con dioses diferentes (o nombres diversos del mismo, que viene a ser igual), y en cada religión sectas distintas y matices dentro de las sectas. Cada quien se erige en defensor de una verdad religiosa única, se pelean unos contra otros y se matan en nombre de un dios que suponen diferente y es el mismo, aunque haragán (o ágrafo).

Si se lo comento con un cierto escándalo, me tranquiliza, me hace ver que la culpa no es suya, sino de los necios hombres de su mundo (que él ha creado como son) y de los soberbios, venales e ignorantes profetas que los instruyen (y que ha elegido él como ha querido). Cuando ve que no me convence del todo, se encoge de hombros y me dice *"Yo soy como soy"* (o *"Yo soy el que soy"*, no recuerdo bien la frase exacta.).

Al fin termina por cansarse de esas redenciones-barullo típicas de los universos que crea, y se olvida de ellos y deja que se vayan al desastre. Algún día se arrepentirá.

IV

Tengo una amiga, diosa de gran belleza y valor, que se empeña en prohijar humanos, a pesar de la terrible soledad que cada muerte le produce. Los consejos que le doy no le hacen mella, está convencida de su 'deber', como dice, de su obsesión, como le digo yo.

Antes de que nazcan los adopta, siempre sin saber qué seres son, si sanos o enfermos, si destinados a la felicidad o destinados a la desgracia, si su suerte será la esclavitud o el poder y la gloria. Y les ama con todo su enorme amor de diosa, los protege, sigue cada minuto sus pasos, las alegrías y tristezas de sus sórdidas, miserables historias. Y enluta su noble y valiente corazón cada vez que, indefectiblemente, mueren. Es la única de todos nosotros que, quizá entendiendo como si fuese humana lo que la muerte significa, no la busca ni se afana tras ese imposible, sino que la odia y combate; algunos de sus protegidos han vivido tan largos años que al final le han suplicado acabar y ha tenido que dejarlos ir a pesar de la agonía de su amoroso corazón de madre.

A veces justifica un universo entero y toda una redención por el simple hecho de que sirvan de marco a uno de sus elegidos. Ahora tiene un hijo ciego, sordo, vegetal, que se pudre lentamente en una institución de caridad, y la diosa mantiene su mundo en la existencia mientras, y sólo mientras, ese mudo e inconsciente ser siga con vida.

V

Como tenemos siete vidas (siete oportunidades, siete eternidades) los dioses y los gatos somos seres solitarios. Raras veces resulta el amor entre dios y diosa (cuidado: no digo yo que no resulte nunca). La frase ritual es: *"hasta que el tedio os separe"*, que conlleva la mezcla de dos cuestiones diferentes, 'qué es el tedio' y 'cuánto tedio es bastante tedio'.

En lo que concierne a la primera ¿quitar tu mirada un instante de los ojos de tu amada diosa para vigilar de reojo si germinan o no las redenciones que tengas plantadas, es ya tedio?, o el tedio solamente lo es en verdad cuando olvidas durante evos hasta el nombre mismo de la diosa de tus 'amores'...

En cuanto a la segunda, no olvidemos que la duración de los dioses es la eternidad, de forma que caben ingentes cantidades de tedio incluso en un solo y miserable evo.

Claro, los hombres lo tienen sencillo porque cuentan con el cuerpo al menos para dos cosas extraordinarias. Por un lado el sexo, lo cual le da al amor un escape fácil (la mayor parte del amor entre seres humanos es sexo puro y ni una gota de nada más); y por otro lado la muerte. Es que con muerte... ¡así cualquiera!

Y no es que a los dioses no les gustase intentarlo, pero son pocos los que se atreven con un amor eterno al que solamente el tedio puede poner fin.

VI

Puesto que los dioses somos eternos no podemos ser engendrados ni engendrar, por lo cual supongo que los hombres nos imaginan como unos eunucos viejísimos.

Aunque mis compañeros dioses y diosas lo que más envidian de los hombres es el tiempo, esa increíble cualidad de la muerte (a la que muchos conocidos míos dedican sus obsesiones, y la buscan sin descanso, fingiendo incluso ser de raras naturalezas 'mortales' y haciéndose pasar por lo que no son para morir... y resucitar, claro, y volver a morir... hay gente para todo), pues bien, a pesar de semejante moda, yo, lo que envidia de verdad de los hombres, es poder tener una familia.

Me gustaría, qué sé yo, tener una esposa y unos hijos, vivir una vida apacible en medio de un tranquilo y corto avatar, ser yo mismo entre los míos, amarles y ser amado por ellos (sea lo que sea ese amar de que los hombres hablan y los dioses no comprendemos)... Por ejemplo, me imagino con frecuencia que estoy casado con una humana mujer y hemos engendrado entre los dos un hijo humano, y dejamos pasar los días en medio de la tranquila paz y del misterioso amor, vemos el atardecer cogidos de las manos, nos sentamos juntos bajo la sombra calada de las parras, tocamos a Haendel en el piano y echamos de comer a los gansos... Fundar con esa humana mujer una felicidad sin adjetivos, de las que constituyen eje y arquitrabe de constelaciones y mundos, amar su alma como mía, acariciar su mi cuerpo en la apasionada juventud de nuestros días...Y una tarde lejana pero cercana ver que llega para mí la hora de la muerte (a lo mejor sí que estoy también obsesionado con ella, como los demás, aunque no me lo parezca) y en el momento de dar el paso, con mis frías manos entre las manos amorosas del hijo, preguntarle y que sean mis últimas palabras *¿eres feliz, hijo mío?*, para saber en su respuesta antes de morir si este maldito universo tiene, por fin, sentido.

VII

Me llegaron tres soldados veteranos con una víctima para holocausto. Se trataba de propiciar la suerte en la batalla próxima. O en la anterior, no recuerdo bien, los viejos soldados hacen a veces las súplicas a toro pasado, quizá confían más en sus espadas que en nosotros. Estaba yo precisamente mirando el ara de mi templo, llena de polvo y de arañas muertas, y considerando la posibilidad de abandonar aquel santuario o de buscar al menos quien lo cuidara. La víctima era una chiquilla como de quince años, muy bella y asustada, hija de los tres veteranos (se ve que la súplica era fervorosa) y se proponían seriamente holocausto verdadero. No se entretuvieron mucho: mientras uno, sujetándola, le apartaba el pelo del cuello y preparaba la espada, otro ponía bajo la previsible fuente de sangre un cáliz de azabache y rubíes, extraña combinación que yo nunca había visto, y el tercero juntaba leña para una hoguera póstuma.

Me hice visible y procedí a tener una conversación con aquellos cuatro tan entrañables seres. Mientras la chiquilla, más asustada todavía por mi presencia que por la muerte, se reducía a un silencio lleno de ojos enormes, los tres veteranos, que al pronto habían echado mano a la espada (se ve que no tenían hábito de dioses vistos, salvo por víctima interpuesta) pero que enseguida se hicieron al prodigio con esa llaneza de los viejos veteranos, entraron en razones y entendieron las mías.

En primer lugar holocausto ¿acaso es posible?... Les convencí de que no, que cuando menos lo piensas se escapa un cabello que se suelta, huye y no se quema, o una gota de sangre que escurre a la tierra y en ella se seca. Y qué sentido tiene, ni qué eficacia, un holocausto que no es holocausto. En fin, que los dioses no somos tan cicateros ni sanguinarios, a veces nos conformamos sin sacrificio, y que por qué no le preguntábamos a la niña, etc., etc. Dudaban aún cuando recurrí al truco del tiempo (siempre se me olvida que esta gente vive entre pasados presentes y presentes futuros) y les hice saber de antemano que con víctima o sin ella iban a morir en batallas sucesivas, de uno en uno, primero el del cáliz, luego el de la espada, por fin el de la hoguera. Tanto que dicen mis compañeros de esa cosa humana que llaman la muerte: no se asustaron nada, se avinieron a razones y me dejaron la chiquilla para que se hiciera cargo de la limpieza y cuidado de mi templo y mi altar.

Mucho tiempo después me acordé del tema, la vieja sacristana lo tenía todo muy limpio, vivía solitaria sin descuidar su tarea pero no me dedicaba devoción especial, le ofrecí algún favor, al fin y al cabo era una vida entera de servicios, me dijo *mi dios solamente quiero que olvides mi nombre*, no sé quién limpia mi templo, está muy cuidado, o estaba, a veces tengo la extraña sensación de que en algún evo pasado alguien estuvo consagrado a mí, tres viejos soldados a los que toda batalla respeta vienen de vez en cuando, se sientan como si esperasen, miran los rincones como si buscasen, pero no me buscan a mí.

VIII

Estaba recorriendo, a deshora, a desgana, húmedo el sobaco de cansancio y desaliento, las calles de uno de los barrios de mi olimpo provincial cuando la vi desde lejos es decir que tuve oportunidad de verla bien con su exagerada minifalda pero ya lo he dicho estoy -estaba ese día- cansado (y viejo) y hace evos que no miro piernas de diosas, son todas iguales o bien hinchadas y feas, y estaba además ocupado en cálculos sórdidos sobre no sé qué asuntos de mi herida vanidad constantemente o que ya no distingo bien a media luz o qué caramba los evos no pasan en balde y ha dejado de interesarme si las diosas podrían llegado el caso ser buenas corredoras y escapar con eficiencia de los depredadores con sus mis hijos (qué otra razón podría haberme hecho mirar con tanta afición los gemelos y los muslos de las diosas) en fin, que no la miré. Pero un poco antes de cruzarme, ¡hombre mío, era vieja!, no muy muy que resultase ridícula la minifalda y obsceno el paisaje de variz pero sí lo bastante como para tener evos de sobra, pobre diosa, pobre. Gracias a Hombre estuve a tiempo de dirigirle una mirada llena de lascivia que recorrió la parte que sí se veía e hizo mohines quasi obscenos sobre la que no se veía, todo muy explícito y descarado. Y la diosa, pues a su papel, levantó una voz chabacana y barriobajera sobre los dioses, su salida y desvergonzada condición, lo que tienen que soportar las sufridas diosas de tanto machismo y justo al cruzarnos sus labios susurraron suavemente un 'gracias' mientras la boca despoticaba y seguía. Tengo que mirar más a menudo las nalgas de las diosas, reconforta y calienta mis siete divinos corazones.

IX

Los dioses imitamos el comportamiento de los Hombres en mayor medida de lo que éstos suponen. Por ejemplo, hemos creado el Instituto del Cáncer, y le hemos entregado nuestros mejores cerebros y una ingente cantidad de medios. Todo inútil: no hemos conseguido producirlo.

X

Uno de mis amigos pertenece al grupo DM, 'Dioses en busca de la Muerte' y hace ya evos que decidió dejar las asambleas y dedicarse a los hechos. Confiando en una cosa que él llama factor 'g', que según parece es muy efectiva matando hombres, ha decidido tirarse desde lo alto hacia lo bajo para estrellarse y morir. Claro, como los dioses somos inmortales y eternos, la altura tiene que ser infinita, por lo cual mi amigo se encuentra en una situación un tanto ambigua: ahora mismo no sabe si ya está cayendo y seguirá cayendo infinitos evos, si está todavía subiendo para llegar a la altura desde la que tirarse, y seguirá subiendo evos infinitos, o si está detenido, eternamente detenido, en un punto medio entre el infinito arriba y el infinito abajo. Como el paisaje no cambia y mi amigo está ahí, sin que podamos saber si es un ahí cayente, un ahí subiente o un ahí permanente, todos le hemos sugerido que lo deje, pero él asegura que su situación es precisamente la muerte. No sé, yo voy de vez en cuando a hacerle compañía y caemos los dos un rato mientras charlamos de esto y de aquello.

XI

Yo le llamo cariñosamente 'Divimetro', porque es amigo, pero entre ciertos grupos de dioses se le conoce con un apodo bastante más cruel.

Todo empezó cuando hizo un universo usando desechos y cosas viejas de otro anterior cuya redención había fallado. Muchos de los instrumentos antiguos funcionaron tal cual, como mares, estrellas, montañas

(a veces llenas de vestigios de la redención anterior, muy confuso todo para las pobres gentes), ríos, y hasta tormentas y nieves y demás (nunca lo entenderé, con lo que yo disfruto creando cada vez unos meteoros diferentes...). Pero cierta miserable y mínima herramienta fue la causa de una especie de desastre redentor (y administrativo *sive* judicial) que originó además el mote con el que muchos se burlan de su desidia. En uno de los planetas de ese mundo habían dejado, herrumbrosa y olvidada, una vieja cinta métrica de fleje de cinco metros de longitud, aunque no, pues al metro primero la herrumbre le había carcomido diez centímetros y ya sólo era una cinta métrica de cuatro noventa.

Confiado en su buena suerte habitual y que no habría de notarse diferencia mayor, todo lo medible lo midió con ese metro, empezando a veces por el extremo entero, donde el primer metro lo era en verdad, a veces por el extremo gastado donde el metro primero era de noventa centímetros. Así fueron los seres de creación tan chapucera: unos altos y otros bajos, unos listos y otros tontos, unos con suerte y otros sin ella, unos felices y otros desgraciados, unos reales y otros meramente posibles, buenos y malos, blancos y negros, hombres y hembras, un catálogo infinito de diferencias y desigualdades.

Y aún fueron peor las cosas cuando les entregó el metro para que se administrasen por sí mismos. Era de ver cómo los gobernantes y los jueces usaban para ellos el extremo completo y para el pueblo el gastado (en asuntos de medir la felicidad, la riqueza y el poder), o el gastado para ellos y el completo para el pueblo (en temas de desgracia, miseria y penalidad). Cuando pretende enseñarme cómo van sus universos, al llegar a ése miro para otro lado y con la mano oculta siembro metros enteros sin que él se dé cuenta. Me inspira lástima ese mundo y rabia el perezoso dios que lo providencia, y me entran ganas de llamarle con el apodo oficial: '*Precio de saldo*' (4,90).

XII

Mala cosa es el aburrimiento cuando se dispone de una eternidad para que crezca... Recuerdo la época en que estuvo de moda regalarse entre dioses cachorros humanos, y recuerdo cuando la moda pasó e infinidad de cachorros y humanos adultos quedaron abandonados a sus propios recursos en medio de un tiempo sombrío y sin providencia. Sus ojos aterrados, sus miserables destinos, sus muertes estúpidas, su infinita tristeza... Algunos de nosotros, más providenciales o menos desalmados, tuvimos que crear instituciones de refugio, pero no mundos auténticos, no verdaderas redenciones, pues los humanos abandonados por los dioses a su suerte luego ya no confían y dejan de reproducirse. Solamente pudimos proporcionarles un poco de calor divino en sus últimos días (y acallar de paso nuestra negra conciencia de snobs malnacidos).

XIII

He creado un universo y ha fallado totalmente sin que logre yo saber por qué. Hice como siempre estrellas y planetas, puse luego las debidas condiciones vitales y encendí la chispa para que todo rodase, para empezar en los mares la cadena de la vida, la evolución de las especies, la aparición del hombre. Todo según cálculos bien hechos, soy un dios con vasta experiencia en la creación de mundos, tengo en mi haber una infinita cantidad de redenciones triunfantes. Pero algo que ignoro ha salido mal, aquí están los seres y todo funciona, la vida se rebulle en especies innumerables, los soles brillan y los planetas giran y todos los elementos concuerdan con el plano. Incluso los hombres están aquí, una mirada aparente no descubre fallos, únicamente ocurre que no existen las almas. Hay luz y agua, aire y clorofila, inteligencia y vida, se sustituyen las generaciones y se suceden los evos, pero ni una sola partícula de alma ha encendido su chispa en este mundo fantasmal. No sé si pararlo o dejarlo, en realidad dará lo mismo, desde luego redención aquí no necesitan.

XIV

Nunca se apagarán los ecos de la terrible batalla entre dioses, que nadie sabe cuándo empezó y nadie recuerda su causa. Pero las huellas de aquel desastre espantoso no se borrarán de la memoria. Durante evos interminables los universos fueron abandonados y las redenciones se dejaron sin providencias, las estrellas se consumieron, los planetas se desintegraron, la esencia de las cosas volvió a su huevo primigenio mientras los dioses descargaban los unos contra los otros cóleras y furores que se habían ido gestando a lo largo de las eternidades.

Allí se olvidaron las alianzas y las amistades, todo dios contra todo dios y contra toda diosa, toda diosa contra toda diosa y contra todo dios, nadie camarada de nadie, la furia levantando oleadas en la escamosa piel de la nada, los pechos reventando de odios antiguos e infinitos como granos de la arena de que se hace la luz.

Cada mandoble inmenso desollaba las auras de dioses tan airados que seguían golpeando cuando ya su enemigo había cambiado de contrincante. Cada rugido de furia encrespaba el éter en que la propia sustancia de la batalla se cernía. Y duró tanto aquel combate que la propia eternidad, rezagada, hubo de esforzarse para alcanzar el paso de los dioses rabiosos.

Muchas son las imágenes que recuerdo, como fotos fijas, de aquel acontecimiento, pero la que más me angustia es una en que dos dioses, agotados después de luchar sin término, se apoyan finalmente uno en otro y, desolados más allá de toda desesperación, lloran sin consuelo por no poder matarse mutuamente.

XV

Hay ciertos grupos de dioses que son *anánzropos*, no creen en la existencia del hombre. Sostienen con cierto fundamento que todo lo relativo al hombre (existencia, esencia, atributos) son temas carentes de sentido, argumentos literarios, cuentos de antropólogos desocupados o simplemente trasuntos de los temores, deseos e insatisfacciones de los dioses. Por ejemplo: el tema de la muerte, en el que más insisten, y el tema del bien, que usan como argumento preferente.

Por lo que se refiere al primero, y ya lo hemos dicho en otros textos, sostienen que la muerte es imposible, y ni siquiera tiene cabida dentro de esa duración (reputada absurda por ellos) que se llama tiempo, dividida ex profeso en tres secciones discontinuas pero continuas, ya que si la muerte del ente actual no está en el pasado y no está en el presente, puesto que el futuro por definición no existe, no existirá en absoluto. Argumentan que el tiempo es un concepto imaginario que ninguna criatura podría protagonizar, y que de todos modos la muerte no tendría cabida en él ni como acabamiento de él.

Por lo que se refiere a lo segundo, presentan objeciones serias en cuanto al hombre como sumo mal, que no podría consentir, si existiera, partícula alguna de bien, pero es cierto y evidente que el bien existe, ergo...

“Quia si unum contrariorum fuerit infinitum, totaliter destruetur aliud. Sed hoc intelligitur in hoc nomine Homo, scilicet quod sit quoddam malum infinitum. Si ergo Homo esset, nullum bonum inveniretur. Invenitur autem bonum in mundo. Ergo Homo non est.”

Este clásico argumento, el más viejo y el más fuerte que esgrimen los *anánzropos*, tiene diversas refutaciones por parte de los viejos antropólogos clásicos, pero nunca ha perdido su fuerza de convicción, que apela a una especie de sentido común y de inveterado sentimiento sobre el bien en el mundo y su incompatible presencia con el hombre.

XVI

No suelen aguantar mis nervios la visita a un asilo de dioses: esas miradas perdidas en un infinito a la vez exterior, interior e inexistente; desgranar con dedos incansables la tonta gestualidad que hace evos que carece de sentido; labios que musitan sílabas rotas, sonidos sin sonido, palabras sin palabra; dar vueltas y vueltas a una noria que no tendrá final... Y jóvenes dioses sirvientes, llenos de fingida y eficiente alegría profesional, llamando a cada paciente por su nombre de pila, trayendo y llevando sopas que se adivinan carentes de sustancia, de pesadas y sólidas grasas que podrían hacer reventar (y sería un alivio) estómagos demasiado cansados por eternidades sin cuento.

En fin, dioses esperando nada. No la juventud, impensable para un dios y siempre más lejana que los más lejanos recuerdos. No la vida misma, hilvanada durante tantos y tantos evos que ya su telar ha dejado de tejer aunque siga tejiendo. Y no la muerte, que no es posible y no tiene sentido.

¿Qué hacen los viejos dioses en un asilo de dioses, mientras juegan al parchís con fichas transparentes y comen sopa sin grasa sujetando a sus cuellos arrugados baberos de infantes imposibles? ¿En qué piensan? ¿Qué añoran sin desearlo, qué buscan sin esperanza, qué universos que no crearon recuerdan haber creado y desean descrear?... Y ni siquiera la muerte, si existiese, daría significado y terminación a estas terribles instituciones: la muerte siempre sería anterior a los asilos, nadie vivo viviría en ellos.

XVII

Aunque son contrarios a la costumbre de un dios con una diosa, a veces los triángulos funcionan. Dios con dios y diosa, o diosa con dios y dios. Yo conozco uno que fue, fueron, felices un tiempo. Eran tres dioses hermanos hijos del mismo dios, una diosilla menuda, joven y cantarina, una diosa mayor, llena de sentido común y de enérgicas actitudes, y el hermano del medio, un dios bello como un hombre, aunque algo falto de energía y carácter. Para mí tengo que las dos diosas estaban más enamoradas de él que él de ellas, bien fuere que su humana belleza atrajese los femeninos corazones, bien que el pálido charrán, más cándido que avisado, se dejase querer con esa indolencia de los guapos y esa languidez de los débiles.

Muy compenetrados por ser familia, y muy juguetones, inventaron un kamasutra triangular entero de placeres casi corporales, y hasta probaron el sexo puro y duro en cuerpos humanos que se vistieron para consumir orgías tan calientes que los viejos dioses las desaprobaron con rubor mirando hacia otros lados. Pero la cosa no duró más allá de unos cuantos evos; trató de engañar a la mayor con la pequeña, a la pequeña con la mayor, hasta que al final, entendiéndose entre ellas como remedio menos malo, le dejaron a un lado aprovechando el momento en que estaba metido en un cuerpo humano, feo como un dios; y solitario y errante recorre el infinito sin hembra ni diosa que le tenga ternura. Ellas se apañan solas, pero creo que le echan de menos, su lánguida dejadez, su hermosura humana, tan decadente, tan percedera, tan excitante.

XVIII

Al saber perdida la batalla, le dejaron solo. Habían confiado al dios marcado aquella retaguardia peligrosa, era de toda confianza, fuerte, valeroso, incansable, fiel. ¿Tener marcada la faz con aquella quemadura

perdurable engendraba en su alma esas cualidades? ¿Le hacía acaso insensible al miedo, al cansancio, a la traición?... ¡Quién lo sabe! Lo cierto es que habían elegido bien, pues si todos los puestos fallaron, él no falló, si el enemigo se hizo con todos los fuertes, no con el suyo, si llegó a ser la huida la única solución, su valor y constancia la hicieron posible sosteniendo la retaguardia hasta que todos se salvaron.

Nadie recuerda la causa de su rostro marcado, la terrible erosión que dejó en la piel del dios una quemadura tan definitiva, los evos tienen esta característica: cuando pasan demasiados, ya no se recuerdan los anteriores. Pero yo sí recuerdo, nunca se me olvidará: en una batalla fue, peleando furiosamente contra todos los enemigos, cuando le dejaron solo mientras todos huían, la salvación general a su esfuerzo solitario y valeroso se debió únicamente, pero a costa de que se escribiese en su frente semejante relato de fuego y de sangre. Esa cicatriz que ni exhibe ni oculta le convierte a mis ojos en el héroe más grandioso de toda la eternidad, acaricio su huella con mi dedo cuando me tiene en su regazo y me explica cómo se actúa cuando se quiere ser auténtico. Yo le escucho y le sigo, pero la lección más segura es el surco quemado de su viejo rostro valiente.

XIX

El dios ciego recorría despacio las vastísimas inmensidades de los olimpos ayudado por un lazarillo diminuto e infantil que no le descuidaba ni un instante y gracias al cual jamás tropezaban sus pies vacilantes en los muchos escalones que alteran la nunca rasa superficie de los cielos.

Es posible que sus ojos negros no llegasen a contemplar, al menos en los últimos evos de evos cuando ya eran inservibles por marchitos, las maravillas más o menos esplendentes de que gozar pueden los dioses videntes. Y también es posible que su paso, torpe aunque auxiliado sin fallos por el humilde y mínimo lazarillo, tardase eternidades sin cuento en recorrer todos los rincones, pero y qué, si las yemas de sus dedos eran capaces de apreciar cada estructura del cosmos, cada torbellino del caos, cada detalle de las cosas que son y de las cosas que no son. Y qué, si la mano silenciosa, tierna, suave, solícita de su pequeño amigo y servidor nunca se separaba de la suya y era luz entre la sombra, ternura y delicadeza en medio de la vastedad de las proporciones universales. Y qué.

Alegre a pesar de su ceguera, admirado por poder rozar con su mano incontables maravillas, íntimamente feliz al sentir entre sus manos el calor de la mano pequeña que le guiaba, nunca supo el ciego dios que su lazarillo ya no estaba, que ese calor tenue y delicado solamente de sus propias manos procedía, cómo iba saber el dios ciego, con sus ojos ciegos, que el lázaro solícito y amigo que tanto le había conducido por entre las volutas de la inmensidad, era un ser humano sujeto a la muerte y ya con ella...

No se lo decimos. Cuando con cualquiera de nosotros se cruza, le saludamos a él y fingimos saludar al niño, para qué desengañarle y dejar su viejo corazón huérfano de las pocas luces que le quedan. Y además, cuando se aleja con su paso lento sujetando entre sus manos una sombra que hace mucho que ya no existe, la sombra parece guiarle y asegurar sus pasos, y quizá le sigue amando más allá de la muerte, qué sabemos los dioses de la muerte y del amor...

XX

Muchos pensamos que el dios más importante es Cuentahombres, el que se sabe todos los nombres y todos los destinos y ni una sola gota de sangre humana está fuera de su contabilidad o ignorada de su memoria. Porque si ese dios no existiera u olvidase su trabajo ¿qué sería de todos los hombres que ha trasegado la muerte y qué de sus nombres e historias y memorias? ¿Y qué sería de los dioses si los hombres no hubiesen existido o no fuesen recordados? ¿Somos acaso algo más que ese prolijo y desmesurado registro?...

Por eso muchos de nosotros ayudamos a Cuentahombres con gusto en su tarea, yo mismo me ocupo de un archivo en donde catalogo cada gota de alma derramada de los que mueren antes de que los decretos lo decreten. Ni yo mismo recuerdo cuántas son ya las almas archivadas, no sé si los dioses estamos acertados en eso de buscar con tanto afán la muerte. Cosa de hombres es, quizá debamos dejar que lo siga siendo.

A veces pienso si no habrá también un hombre Cuentadioses que lleve en sus registros noticia detallada de cada uno de los dioses que, a solas en el océano furioso de una eternidad sin alteraciones, son -somos- pasto de un olvido que no tendrá redención ni final ni catálogo. Y si le ayudarán sus amigos, y si alguno de ellos dudará del buen juicio de los hombres que busquen con afán la inmortalidad divina.

Pero quizá los hombres son simples catalogadores de dioses como nosotros somos simples registradores de hombres. Y acaso morir-eternizar sean simplemente cambiar de archivo.

XXI

Como sintió que su lampo perdía fuerza, y de la brillante y eléctrica blancura que en otro evo tuviese había llegado a azulear y deslucirse hasta quedar meramente como un aura del color del aciano, destañada y pobre, decidió aquel dios intensificar sus creaciones, por si era descuido de providencia o falta de suficientes universos. Pero no.

Menudeó las redenciones y los milagros, insólitas ternuras de dios blando que mal podían aumentar el resplandor de su gloria, habida cuenta de que la gloria de los dioses más resplandece con el metal y el cristal que con la misericordia y la indulgencia. Pero no.

Se dejó mecer por las corrientes de la eternidad como un poeta romántico que va de taberna en taberna emborrachando a su musa para matar sus talentos, harto de belleza y de arte. Pero no.

Y ya cansado me pidió consejo.

Ahora tiene luz y reflectancia para dar y tomar, le dije que metiese a un hombre en una jaula estrecha y lo viese tranquilo y paciente ir muriendo de soledad y sombra (y hambre, de paso). Cada minuto menos de su vida ha dado aumento al reflejo de poder del dios, cada terror silencioso ha pulido el espejo divino, nunca comprenden que de donde los unos pierden, ganamos los otros.

[No sé si incluir o no este texto en mi *HISTORIA DE LA LOS DIOSES*, a veces pienso que desdice del conjunto, presenta de nosotros un aspecto negativo, y además su último párrafo es peligroso. Quizá sea mejor una versión distinta:]

Recorría los espacios infinitos como un errante mendigo, titiritero, músico de feria y de camino, acompañado por un ayudante que bailaba al son del caramillo y al que encerraba por la noche en una jaula de palos con ruedas de piedra. Su figura, tirando de la jaula y a paso lento, era familiar en todos los contornos, pero su música era tan pobre y deslucida, la armonía de las esferas estaba tan lejos de habitarla, que muchas veces no lograba ni su propio sustento, y en el fatigado anochecer, el bailarín y el músico compartían el hambre o el seco mendrugo de misericordias sordas. Cuando arreciaban vientos o tormentas, el bailarín le hacía sitio bajo el agujereado techo de la jaula y, aunque pequeño el espacio y traspasado de corrientes, por unos momentos compartían también el mismo hogar ambulante.

Si se le preguntaba por la jaula sin puerta ni cerrojo, o le criticaban el esfuerzo inmenso de ir arrastrando a su compañero, respondía vagamente, si acaso respondía, que no podía prescindir de su amigo ni de la jaula ni de nada, que un músico no lo es si nadie baila su música, que un dios no puede serlo si no tira de un hombre por los caminos del mundo, que la libertad no tiene sentido si no lleva colgada una jaula, y que quién sabría a esas alturas distinguir lo uno de lo otro como para decir en qué sitio exacto estaba trazada la raya. Nadie podría decir entonces quién era el dios y quién el hombre, quién el bailarín tullido y quién el flautista asmático, quién el amo y quién el siervo, quién el inmortal y quién el otro, pues, camaradas de un único destino, la duración del mismo no implicaba diferencias, y, amigos de infortunio y de miseria, la muerte no sabría distinguirlos ni tampoco la luz.

XXII

Con triste desolación el dios y su enamorada dudaban quién de los dos tenía peor destino, si el dios por perderla (un soplo en la eternidad y ya la muerte la llamaba) o si ella por morir y perderle también a fin de cuentas. Y se decía el dios que la inmortalidad sin ella sería una atrocidad tan infinita, que no podría haber suerte peor, pero la mujer le respondía que al menos su imagen continuaría con él, mientras el olvido más ciego la sepultaría a ella.

Bien pagaban entonces haber desoído consejos de dioses y de hombres de no amarse entre ambos siendo la diferencia tan grande y la duración tan distinta. Pues puede que el amor compense sacrificios menores, pero una eternidad de vida sin el objeto amado, una eternidad de muerte sin el amado ser, y todo por un instante tan breve que el relámpago lo sobrevive...

Ofreció el dios a la muerte un trueque con su amada, pero la dueña de la segur no pudo complacerle, con razón: sería expediente a seguir por tanto dios deseoso de encontrarse con ella. Un simple razonamiento bastó para acallar sus protestas, es de lógica que la muerte no pueda hacer excepciones.

Se abrazaron al fin en un último instante, murió en su regazo la mujer para siempre, deshecho y olvidado está ya el universo que la contuvo y todavía sigue el pobre dios llevando crisantemos a un punto de la nada en donde breve tiempo estuvo la tumba. Muchos dioses le compadecen, muchos le envidian.

XXIII

Varios viejos guerreros se habían citado allí, una encrucijada cualquiera que no tiene relieve y que sólo se menciona por el encuentro que en ella iba a tener lugar.

Llegaron cada uno con su arma preferida, todos con el perfil y el rostro lleno de cicatrices, púrpura y cyan, zafiro y esmeralda, rubí con topacio, azabache desnudo, de todos los colores y de todas las sangres, de todas las batallas y de todos los tiempos, viejas heridas que hablaban por sí mismas un idéntico lenguaje y que se saludaron al verse, a espaldas de los propios guerreros, como seres que a la postre comparten un linaje.

Nadie sabe el premio que al vencedor esperaba, quizá ninguno esperaba más premio que la lucha, nadie sabe de dónde venía cada guerrero, orígenes tan lejanos que a lo mejor no estaban dentro de los límites, nadie sabe cómo se citaron allí, quizá el propio palenque les llamó en sus intralmas, donde el soldado siente que luchar es necesario aunque no sea necesario vivir.

Y cuando se dio sin darse la señal del comienzo y un clarín sin sordina cristalizó los aires, las espadas desnudas, desnudas las flechas, las lanzas desnudas, así todas las armas, de acero, de bronce, de cristal, de palabra, de concepto y de forma, de puño y de mirada, cada cual con la suya, todas enarboladas por

pechos valerosos, entonces me sentí por fin en mi sitio, supe que había llegado, estaba en mi destino, todas las otras preguntas dejaron de importarme, si era dios o era hombre, si vivir o morir, si la eternidad o el tiempo, si el pasado o el futuro: en los ojos reconocí a todos mis camaradas, con mi arma en la mano me lancé contra todos al tiempo que todos se lanzaban contra mí, dejé que mil aceros me acariciasen el alma como el rostro sudoroso la brisa de la noche, herí y me hirieron, el río de nuestras sangres, blanco por la mezcla de todos los colores, se volvió mar infinito y naufragamos en él. Desde su fondo miro la transparencia del mundo y no me determino a despertar de una vez, no quiero saber si soy dios y estoy vivo, si soy hombre y estoy muerto, que la señal de la lucha suene de nuevo, luchar y naufragar es un buen destino.

XXIV

Es cosa extraña la amistad, aunque hermosa tal vez. Quién podría explicar la amistad entre aquellos dos seres tan dispares, quién podría haber supuesto semejante cosa de antemano... Nadie, nadie habría podido, pero su amistad era verdadera, quizá haya sido la única cosa verdadera que haya existido, si es que todas estas palabras tienen algún sentido.

Su final, que en cierta forma fue su principio... no me sé explicar... tiene tintes épicos y un aura de hermosa dimensión íntima que a muchos nos regocija y calienta las áridas regiones oscuras que mantiene todo corazón.

Juntos se fueron, ¡qué aventura para un hombre, qué ocurrencia para un dios! a buscar oro. ¡Oro! ¿Acaso de verdad era oro lo que buscaban?... ¿No sería más bien la ocasión de caminar juntos los vastos desiertos y las solitarias parameras de los diferentes universos, hablando en silenciosa armonía de sus sentimientos hondos, dejando que la amistad discurriese libre como el riachuelo que se demora holgazán entre peñas pulidas?... Muchos creemos esto último, ni siquiera llevaban a lomos de sus viejas mulas los cedazos de lavar arenas, la química de analizar el mineral, no habrían sabido qué hacer de haber hallado lo que decían buscar, el oro y la felicidad se buscan sin ánimo de encontrarlos, no se espera del destino la torpe faena de que nos ponga delante prodigios que no sabríamos cómo aceptar ni consumir.

Pero mi historia los busca y los encuentra cuando, agotados por largos días, meses, de marcha a través de un desierto inusitadamente ilimitado, infinito tal vez, se ven reducidos a dos secos y torturados despojos. El agua les falta desde tanto tiempo atrás que sus labios, su lengua, su piel, todo su organismo, rechina como lija en los gestos más simples, gotas de líquido inexistente y fantástico pueblan los delirios con que se comunican, pasados aquellos momentos en que sus ardientes laringes pudieron articular palabras. Tal vez se trata de un universo de sol y de arena, donde nada más habita ni existe, tal vez la propia arena es ya ese oro en cuya excusa han salido y les rodea y acoge y envuelve y sepulta...

Con un último resto de energía uno de los dos, quién sabe cuál, qué más da el mínimo detalle, saca de su hatillo o del fardo mulero una horquilla de madera blanca con la que se dispone a crear y crear el milagro zahorí de hallar hacer agua en ese mundo inaquo. La tensión de las manos, la vibración del fresno, cavar febrilmente separando arenas hasta ver aparecer una humedad bienhechora, un rezumar milagroso, un hilo de misericordia, un río de abundancia, un torrente de lujuriosa y oceánica aquidad.

¿Y beber, ansioso beber, frenético beber, empapar las abrasadas células, inundar de húmedo bienestar quemados labios, hirvientes lenguas, leñosos gaxnates?...

Pero comprende el hombre, cuando a punto está de satisfacer la mayor necesidad de su historia y proporcionarse el mayor placer de su memoria, que el dios compañero, sediento como él, no puede beber. Los dioses no pueden, no tienen cuerpo, no pueden beber, sienten la sed en un alma especial diseñada para ello, pero nada ha sido dispuesto para que la apaguen bebiendo, por qué habrían los dioses de buscar la muerte si no fuese por cosas así.

Como no pueden beber los dos, el hombre decide que no bebe ninguno, y allí permanecen silenciosos, junto al torrente de agua fresca y salvadora, sedientos para siempre, para siempre amigos, en medio de un desierto de arenas de oro que inunda sus corazones y deslumbra sus ojos, y mientras el hombre muere quemado desde dentro por una sed más furiosa que el oleaje del tiempo, a sus labios solamente llegan las lágrimas de su amigo el dios, derramadas de amor y de amistad desde ojos que no existen. Ojalá esas lágrimas no hayan sido saladas.

XXV

No es buen apodo el de 'Diosas errantes' porque no describe adecuadamente las actividades del alegre grupo de diosas solteronas. Sí que iban y venían mucho de tertulia en conventillo, de cotilleo en marujeo, entre grandes risotadas algo ficticias, alegres de no haber perdido, a pesar de todo, la alegría... Pero sus idas y venidas nunca salían de cierto territorio conocido, del mismo modo que sus comentarios jamás se aventuraban más allá de ciertos temas controlados, puede que atrevidos y salaces, pero atados aún a menguada cadena.

Casi todas tenían, o decían tener, 'recuerdos' y si aguantaban con resignación el mote de 'Diosas errantes', jamás hubiesen admitido el de 'Diosas vírgenes' que algún ocurrente malicioso quiso en cierto momento proponer. Y esos recuerdos eran las más de las veces el tema sabido y sobado de sus conversaciones, aunque alguna ocasión se atrevían a mayores atrevimientos y, dejando de hablar de

pasados pasados, se arriesgaban a diseñar futuros que poco a poco iban tallando urgencias en sus ánimos.

Fue de una de estas, y esa vez tensa y susurrante, conversaciones, de donde salió el temerario proyecto de crear para ellas solas un universo únicamente de machos, de salidos y rijosos machos, un mundo priápico y penetrante de falos incesantemente erectos que hiciesen realidad los famosos recuerdos y dieran calor y color a las conversaciones futuras.

Y como de dioses y de diosas es el poder del hacer, como querían lo hicieron y como deseaban lo gustaron, por turnos y a la vez, a la vez y por turnos, solitarias y en grupos, que sobraban enhiestas fuentes de esperma en aquel mundo semental y masculado.

Pasaron los evos, se fueron cansando, momento llegó en que ninguna diosa errante bajaba ya a solazarse, al fin comprendieron que la pasión también hastía, escocidas y hartas se olvidaron de aquel mundo, descrearon o borraron tanta virilidad, volvieron a sus tertulias, ahora por fin sin recuerdos. Y aunque nadie las llama nunca 'Diosas vírgenes', si la castidad tiene modelos, ellas lo son.

XXVI

Si se quiere, siempre hay un modo de burlar las leyes. De todos es sabido que los dioses tenemos completa y absolutamente prohibido crear universos donde los hombres se enfrenten en guerra los unos contra los otros y se maten en luchas cruentas. Puesto que la muerte debe ser un ingrediente esencial de los mundos del hombre, se admite en sus muy diversas formas: como suceso natural, por supuesto, pero también accidente, asesinato, hambre, etc., etc. Mas nunca mediante guerra. Creímos necesario establecer un límite y que éste excluyese a la guerra más allá de sí mismo. Muy poderosas y diversas razones aconsejan tan sabia medida.

Pues bien, yo sé de un dios que ha encontrado la forma de burlar legalmente la prohibición bélica. Ha creado dos universos humanos idénticos y solapados y juega a la guerra azuzando continuamente el uno contra el otro. Los hombres que los habitan no ven la diferencia, creen todos ser contemporáneos, vecinos y paisanos de un único mundo, y se matan en guerras constantes de bárbara ferocidad inextinguible.

El dios responsable está muy satisfecho con su ingenioso truco, hace apuestas consigo mismo entre las blancas y las negras, se pasa los evos contando cadáveres, hace creer a sus súbditos que odia la violencia, pero ayuda constantemente a los más sanguinarios. Ellos mismos le llaman el 'El Dios de las batallas'.

XXVII

No se me olvida la historia del dios maquillado, siempre delante del espejo ensayando disfraces y toda infinita y diversa clase de cremas, pinturas y albayaldes.

Era un dios enamorado de la apariencia, del ser que no se es, del intentar ser aquello que está lejos de serse, o quizá enamorado de aquello que los hombres llaman teatro y que consiste en eso mismo, en fingirse otro. Lo cierto es que se puso un día ante el espejo de focos y empezó a cambiar sus rasgos con toda clase de afeites, postizos y maquillajes.

¿Mil evos, cien mil eternidades?... No tiene sentido la pregunta, en la eternidad no hay más o menos: estuvo toda la duración cambiando su rostro. Hasta que se cansó, por fin, y comenzó a desandar lo recorrido.

Y ahora está viviendo el regreso de su aventura, un regreso que quizá nunca se acabe, pues detrás de cada maquillaje, cuando lo borra y diluye y retira y lava, siempre otro maquillaje está debajo esperando ser borrado, diluido, retirado y lavado para ser sustituido por otro y luego por otro y luego por otro.

O nunca regresará el dios a su rostro verdadero porque estuvo un infinito maquillando sus perfiles, o finalmente volverá, detrás de un último albayalde y de un colorete final, la transparente e invisible faz que tanto le aterraba y por la que empezó a maquillarse.

XXVIII

Se dice que en una duración infinita, como es la eternidad, cabe que sucedan infinitas veces infinitas cosas.

Un dios eterno podría estar tirando un dado seguro de que al fin habría de salirle el 1 infinidad de veces, y el 2 infinidad de veces... y el 6 infinidad de veces. Pero también ocurrirá que habrá infinitos en que jamás salga el 1, o el 2 o el 6, y que eso sucederá infinito número de infinitas veces, agotando hasta la insensatez la completitud de lo estocástico.

Piensa cualquier posible y habrá sucedido infinito número de aconteceres. Piensa un imposible, y todas las variantes posibles habrán sucedido infinito números de ocasiones. Y se habrán hecho reales infinitas veces todos los infinitos argumentos que demuestran de infinitas formas que el imposible es posible.

Cada dios ha sido infinitas veces cada hombre, cada matiz de cada hombre, cada instante de cada hombre, ha vivido y vuelto a vivir cada vida y cada aspecto de cada vida, y ha muerto infinitas veces cada muerte y cada variante de cada muerte.

Pero no, recordad que los dioses no mueren, es imposible.

¿Se vuelve posible lo imposible cuando tiene infinitas ocasiones de intentarlo? ¿Se vuelve imposible lo posible?

El tiempo es la eternidad cuando un milagro imposible la cura de infinitos.

XXIX

El dios 'Milagros justos' se limitaba a intervenir cuando veía en peligro la adoración de sus fieles, pero, vago como era y poco aficionado a providencias intervencionistas, pocos cuidados se tomaba por el bienestar de los súbditos mismos. De ahí el nombre.

Aunque en una ocasión tuvo que hacer, quieras que no quieras, un milagro extraordinario bien en contra de sus costumbres y quizá de su voluntad, pero milagro y gordo a fin de cuentas.

Habiendo descuidado (ya digo que 'Milagros pocos' era holgazán y tardo) uno de sus universos, de pronto resultó que los hombres se volvieron (casi de golpe decía 'Milagros mínimos', pero en realidad a su tiempo evolutivo natural) tan superiores y creativos que catalogaron su propio genoma y se duplicaron genéticamente a sí mismos, mientras el indolente 'Milagros escasos' se cortaba las uñas de los pies. Toma descuido.

Paso más y borran dioses, y ya se sabe que si te borran desde alguno de tus propios universos, borrado para siempre quedas, por más dios inmortal que seas. Así que tuvo que hacer un milagro rápido, de los de ¡tente hombre que me matas!: envió meteoritos tan de golpe y en tanta cantidad, que oscureció las luces de aquella estrella y sepultó al planeta en una noche temporal tan espesa que todos los seres dominantes perecieron.

Bueno, pues fijáos si 'Milagros limitados' será haragán, que otra vez ha vuelto a dejar ese mismo universo a su aire. Han pasado unos 65.000.000 de lo que allí llaman años, otros hombres (no son grandes como aquéllos, sino pequeños y de otro *filum*, pero más rápidos aún y más atrevidos) han evolucionado y llegado al mismo punto. Así que ahí andamos, el estúpido 'Milagros insuficientes' bostezando de hastío mientras tan atrevidas criaturas están a punto de borrarle del mapa y quizá no tarden en destruir la muerte. Y qué esperanza de morir vamos a tener los dioses si hasta los hombres se vuelven inmortales...

Yo a 'Milagros exiguos' ni le saludo.

XXX

Estaba yo contemplando el ocaso en uno de mis universos (me gustan especialmente los ocasos, pongo en crearlos toda mi sabiduría, estoy secretamente orgulloso de ser el mejor creador de ocasos del olimpo) cuando desfiló ante mis ojos una larga caravana de dioses vagabundos. Es inevitable sentir nostalgia ante cosas así.

Estas tribus de dioses caminantes, nunca apegados al mismo lugar, inquietos en la laguna de la quietud, nómadas en la pecera de lo infinito, producen en el ánimo una sensación mezclada de paz y de misterio, de tristeza y de energía, de aventura y de olvido. Sabes que recorren tantos senderos que no pertenecen a ninguno, y ese no pertenecer los hace diferentes, dioses sin raíces, quizá nunca vuelvan, quizá no existan. Parte de tu alma se va siempre con ellos y nunca regresa a ti, que te quedas con un trozo de menos añorando no se sabe qué, si es que la añoranza no es completa en sí misma.

Mirando mi mirada de envidia y cobardía, una diosa morena que dejaba las riendas sueltas de su carro al azar de roderas marcadas en la nada, me saludó con los ojos o quizá con las manos o tal vez con el alma. Yo levanté un poquito la punta más nostálgica de mi corazón de olvidos y contesté al saludo dejando que las luces se mezclasen un poco.

Fue un gesto mutuo entreverado de ocasos, a lo mejor lo he soñado y no ha tenido lugar, quizá la caravana no ha desfilado ante mí, el ruido chirriante de la madera redonda es un fantasma sordo de mis viejos recuerdos, a lo mejor debería curarme de crepúsculos durante algunos evos y crear varios mundos donde el sol no se ponga.

Me gustaría perderme por los caminos eternos montado en un carro que no vaya a ningún sitio, dejar que el destino, por una vez sin dueño, me trate como a un hombre y me lleve a su antojo. Y que diosas de bronce o mujeres morenas me canten por la noche baladas azules bajo estrellas remotas que haya creado un dios orgulloso de crepúsculos.

XXXI

Aunque nos pasamos la vida persiguiendo al tiempo, sin conseguirlo jamás, naturalmente, o quizá por ello mismo, los dioses muchas veces aprovechamos el no poder manejar ni cambiar nuestra duración, para hacer cambios y manejos en la duración temporal de los hombres.

Esta es la historia de un dios que jugaba con el tiempo de los hombres de sus universos, hacía experiencias y pruebas, era una especie de cronoexperimentador, y llegaba tan lejos en sus atrevimientos como se lo permitía la naturaleza siempre misteriosa y esquiva de esa discontinua continuidad.

Una vez diseñada y creada la secuencia temporal de un mundo, y construidos y ajustados a ella la mayor parte de los destinos humanos, creaba luego hombres de una época y los situaba en otra, ancestrales cavernarios en siglos industriales, tecnomecánicos; exquisitos poetas románticos en medio de bárbaros mercados comerciales; avanzados pensadores del futuro en remotos pasados primitivos; sensitivos

compositores musicales en lugares sordos y mudos; audaces soldados en cenagales cobardes; castas vírgenes en obscenos burdeles... La dislocación temporal de estos pobres destinos le divertía al dios, según parece, o sacaba de ella no sé qué consecuencias científicas interesantes.

Una vida fuera de su propia época, además de ser aplastada por la salvaje presión del medio social enemistoso en que se halla prisionera, también actúa en cierta medida de fermento y si la virgen casta se transforma poco a poco en inmunda ramera, el burdel también se matiza una brizna de níveo cenobio; si el primitivo oligofrénico contagia su extraño medio con la sanguinaria manera de obrar de su instinto, también se abre en su oscuro cerebro una rendija de luz civilizada. Y si el avanzado pensador de ideas futuras se estupidiza y ensombrece inevitablemente por influencia de la necesidad de su entorno, sin querer transmite a ese entorno cauces de sabiduría que lo elevan sobre sí mismo. A la postre es como hacer del tiempo un puzzle diferente, sacando piezas de sus lugares donde significan algo para llevarlos a huecos donde pierden ese significado en favor del contorno y adquieren otro ellos mismos con que el contorno los troquela. Estrellas obligadas a ser gusanos, gusanos obligados a ser estrellas, haciendo las primeras del barro firmamento, haciendo los segundos del firmamento barro.

XXXII

Mi amigo 'Dios de cerca' crea unas miniaturas bellísimas, pero a causa de ello está perdiendo por completo el sentido de la perspectiva. Hace poco le encontré engolfado en la vida y trabajo de un compositor de provincias, al que inspiraba músicas celestiales extraordinarias sin que el pobre diablo pudiera ni echarse a descansar. Mi amigo había creado un universo completo por el simple gusto de manufacturar esa mínima figurita musical y hacerle un hueco en la existencia y en la historia; tan exagerada la obsesión por su pequeña maravilla y tan desinteresado de todo lo demás, que el resto del universo era un decorado grosero sin detalles ni especial verosimilitud, destinado únicamente a acoger las resonancias de su miniatura protagonista. Me dio rabia esa cerrazón de especialista miope y le obligué a seguirme en una especie de 'retirada y perspectiva' por planos sucesivos de alejamiento. Primero nos trasladamos, ampliando un poco el diafragma de nuestra contemplación, al marco familiar del compositor; una esposa, unos hijos, las amigas y familia de la esposa, las novias de los hijos, las familias de las novias... El buen 'Dios de cerca', sorprendido, no pudo evitar un "¡cuánta gente!" en que no le permití que se detuviera, porque, siempre ajustando las lentes de nuestra mirada, le presenté la provincia entera, alcalde, concejales, guardias urbanos, los diferentes poetas laureados, siete riadas de escolares saliendo de otras tantas escuelas, media docena de compositores más en los que mi amigo ni siquiera había reparado, una tertulia de solteronas jugando a las cartas, dos equipos rivales de un juego de pelota, diez mil seguidores fanáticos de cada equipo, centenares de miles de cansados dependientes a la salida de sus trabajos...

En fin, luego la nación a la que pertenecía la provincia, y os aseguro que 50.000.000 de vidas dan para entretenerse un poco. A estas alturas había ya más de 6000 compositores y cerca de 50.000 intérpretes musicales, 5.000 pintores, 177.000 escritores, unos 6.000.000 de escolares de todas las edades, 1.000.000 de universitarios preparando la frenética conquista de 125 puestos de trabajo...

El continente de la nación. La legión de músicos profesionales contaba ya con 2.000.000 y el censo de creativos de todas clases con más de 8.000.000 entre poetas, escultores, pintores, etc., todos ellos geniales y destinados desde su propio corazón a la grandeza inmarcesible; y aplaudido cada uno y exclusivamente conocido por dos familiares y tres amigos.

Y luego el planeta. Un solo dato: 1.500.000.000 de creativos (cuento también unos 8.000 fundadores de religiones y sectas, no sabría, si no, dónde ponerlos).

A estas alturas del recorrido 'Dios de cerca', aturdido y asombrado, se había olvidado por completo de su miniatura musical, absolutamente imposible de encontrar en ese pajar inmensísimo donde había tantos como él, pajas del mismo calibre, y quería quitar el ojo del ocular de alejamientos. Pero mi intención era curarle para siempre, así que le mostré el universo entero de ese planeta, con sus trillones de civilizaciones inteligentes y sus incalculables números de compositores de música, todos inmarcesibles.

Luego se me desmandó el catalejo, se puso a mirarnos a nosotros mismos, los dos dioses mirones, se alejó hasta agruparnos y perdernos en un conjunto inmenso de entes divinos, más tarde conjuntos de conjuntos, finalmente olimpos de olimpos, enjambres de enjambres de olimpos de olimpos, luego legiones de legiones de enjambres de enjambres de olimpos de olimpos... a esas alturas el número total de compositores inmarcesibles de música gloriosa era imposible de calcular, o dicho de otra forma: el microbio musical de que partía este relato era ya una inexistencia inexistente. Aunque inmarcesible, al decir de sus cuatro amigos.

XXXIII

Mi amigo 'Dios de lejos' llegó a estar tan convencido de la inutilidad de toda creación, incluso de maravillosas criaturitas creadoras a su vez (qué dios no ha oído lo de 'ponga un poeta en sus mundos'), que durante unos cuantos evos estuvo sin producir universos ni redenciones. Razonaba con coherencia y sus argumentos eran irrefutables: "¿Qué sentido tiene crear un poeta más en un conjunto de creaciones donde el número de poetas es imposible de calcular? ¿Qué hacemos con los poemas de ese poeta,

variantes y matices infinitesimalmente triviales de otros trillones de poemas de otros trillones de poetas? ¿Creamos universos archivo en donde guardar esa masa inextricable de folios emborronados?” Y así seguía con músicos, pintores, escultores, filósofos, científicos, ingenieros... Imaginé que nunca más volvería a crear mundos, pero últimamente he sabido de un hallazgo feliz por su parte, una técnica de ‘distanciamiento’, como él la llama, consistente en crear sin crear como si crease, algo así como fingir crear pero sin llegar al hecho. Todo completo, diseñado y a punto, cada detalle estudiado, analizado, previsto... pero sin pasar más allá del tablero de dibujo. Los amantes besan reflejos de labios, aunque nunca los labios mismos, un esperma fantasmal nunca termina de cruzar el inexistente puente de coitos discontinuos, los hijos imposibles nunca nacen del todo aunque están siempre a punto de ir siendo engendrables... En sus mundos ficticios los pintores nunca arriman el pincel a la tela, pintan sobre el aire, los músicos interpretan con arpas sin cuerdas notas fantasmales que nunca han sido compuestas en pentagramas vacíos, y los poetas recitan ritmos sin palabras y metáforas sin contenido dejando en los aires cadencias hermosísimas que nunca han escrito.

XXXIV

La ‘Diosa gorda mayor’ y la ‘Diosa delgadita pequeña’ se pasaban el tiempo sentadas mano sobre mano, conversando quizá de naderías, o tal vez de trascendencias, pero en la más plácida de las inacciones, sus universos en manos de secretarios y apoderados que les robaban muchísimo, las redenciones manga por hombro.

Si se les hacía ver que esos administradores, ladrones y venales todos ellos, las estaban estafando, echaban unas risitas tontas, se encogían de hombros, decían que con los réditos tenían bastante, que los universos tampoco daban para tanto, que los habían heredado de papá ya muy descuidados, que... y seguían a su conversación plácida y bobalicona.

Quizá no fuesen hermanas, a pesar de lo dicho y de que se parecían bastante. Primas, amigas tal vez sin relación de sangre, incluso madre e hija... quién sabe.

‘Diosa gorda’ tenía un gesto casi maniático, consistente en rozar con su mano gordezuela el brazo de ‘Diosa delgada’ cada vez que empezaba o terminaba un párrafo; era un gesto como de amparo y cariño a la vez, quizá como una madre podría hacerlo con su hija simbolizando inconscientemente la protección y la ansiedad. ‘Diosa delgada’, muy tranquila y apacible, casi no movía sus manos, aunque de vez en cuando se retiraba de los ojos un flequillo inexistente de su remota juventud.

Verlas juntas sentaditas y cuchicheantes producía la impresión de que eran dos solteronas en la cubierta de un yate dejando pasar su jubilación en el trascurso de algún crucero vacacional por un mar infinito, o dos pacientes viejecitas en un balneario decadente y remoto lleno de lujos pasados de moda.

Tuve que visitarlas una vez por un asunto comercial, estaban arrugadas y pequeñísimas, aunque ‘Diosa gorda’ seguía siendo redondita y ‘Diosa delgada’ esquelética; habían habilitado un rinconcito de uno de sus universos monumentales, y tenían allí sus pocos enseres personales. No me hicieron mucho caso, me enviaron a uno de los apoderados, quien solventó rápidamente mi asunto por una comisión elevada que, guiñándome un ojo, anotó en la cuenta de gastos.

Luego me enteré de que sus universos, insolventes, arruinados, irredentos, habían pasado a la propiedad oficial, que los usa actualmente como residencia de terceras edades.

XXXV

Nunca supe si fue el ‘hazlo todo por ti mismo’ o el ‘quien la hace la paga’, pero lo cierto es que ‘Dios humilde’ se metió de lleno en el infierno de uno de los mundos de su propia creación, a sabiendas de que no había salida ni esperanza.

Nunca pareció más valeroso que la mayoría, incluso quizá lo pareciese menos, pues tenía ese aire pusilánime de las gentes que te miran con unos ojos grandes y miopes y parecen no entender la mitad de las palabras que les dices. Irresoluto para cosas mínimas como si debía o no debía poner cometas en sus estrellas, indeciso sobre trivialidades como el color de los mares, no daba la impresión de poder decidir nada de verdadera importancia por sí mismo, y quizá era también ése su parecer, pues constantemente te estaba pidiendo opinión para las cosas más peregrinas.

Y de repente, como si se ajustase puntada a puntada al arquetipo de los héroes de leyenda, se vistió la piel de habitante humano, se calzó la alma de sufrir injusticias, se puso los corazones de dolor y barro y sangre, y, sin encomendarse a nadie ni pedir consejo, se lanzó a aquel mundo infernal y siniestro.

Hombro con hombro levantó las cosas que los hombres de aquel mundo fueron levantando; sudó como todos y como todos fue herido; esperó con la esperanza de aquella pobre gente y con su misma desesperación siguió esperando con ellos. Sembró los granos en los surcos, arriesgó la salud en fatigosas empresas, cruzó los mares infinitos en las peligrosas y toscas embarcaciones, avizó los cielos temiendo por las cosechas, tembló bajo los huracanes y las olas desmedidas, se aterró con las enfermedades y las desgracias de los hijos...

Volvió con la piel atezada y llena de marcas, los ojos más azules y como de mirar más lejano, las palabras más concisas y los silencios más largos, delgado pero con músculos de acero y de diamante. Y ya no pide consejo ni ha vuelto a crear más mundos, pocos son los dioses que inspiran tanto respeto.

XXXVI

No sé si tiene sentido lo de aquel dios pescador que creaba solamente universos con mares, permitía a la vida evolucionar hasta pez, y se pasaba los evos con la caña en la mano. No tenía que tomarse la molestia de meteoros ni estrellas, nada de continentes, islas o forma alguna de tierra firme, seres terrestres excluidos ya fuesen piedras, animales o plantas. Peces de todas clases y tamaños, pero solamente peces y el dios pescador en medio. De redenciones nada, claro, los peces no las precisan...

Poco a poco fue devolviendo a la nada todos los peces que, directa o indirectamente, no fuesen a ser pescados o necesarios para su pesca; descreó las líneas evolutivas que no llegaban a ese fin o las que no servían ni para ser pescadas ni para alimentar a los peces pescables ni para servir de cebo. Se aficionó a una clase especial de pez y se olvidó (anuló) de todas las otras. Le pareció luego que todo un planeta de mares era demasiado y se quedó solamente con el círculo de agua en torno a donde pescaba, una galleta planetaria en cuyos bordes goteaba un poco de agua hacia la nada exterior.

Se convirtió luego en un autómatas furioso que lanzaba la caña, tiraba del sedal, sacaba el pez, lo soltaba del anzuelo, lo regresaba a la nada, lanzaba la caña, tiraba del sedal, sacaba el pez, lo soltaba del anzuelo, lo regresaba a la nada...

Pero los mundos tienen sus propias dinámicas que muchas veces escapan a los designios del dios que los crea, y así este pescador pescó un día un pez que era el *Mesíaictios* de los peces de aquel mundo, nacido de entre ellos y destinado a redimir su terrible destino, decidido incluso a morir y padecer por ellos. Ya era taumaturgo, por línea evolutiva sin duda no divina; le quitó al dios el aparejo, lo regresó a la nada y volvió a lanzar la caña para seguir pescando dioses.

XXXVII

Mi amigo 'Dios piadoso' no sabe finiquitar sus universos, los mantiene en la existencia a veces más allá de todo límite y prudencia. Y en lo que dice y explica no deja de haber cierta razón: "¿Cómo dar por terminados para siempre destinos que, bien por el azar, bien por la incertidumbre del acontecer de las cosas, son trágicamente marcados por la injusticia? ¿Cómo no sentir piedad ante la existencia de seres a los que se ha despojado de todo cauce de felicidad después de haberles procurado un alma creada para un destino feliz?... Me resisto a cerrar esos mundos donde tantas vidas serían canceladas para la eternidad con el balance de sus cuentas en números negativos. Escucha, por ejemplo, este testimonio, uno de entre tantos:

"En mi vida he trabajado como una bestia, desde los seis años en adelante hasta los noventa. He trabajado en los campos, he trabajado en mi casa y en casa de los demás, por la mañana y por la noche, en el lavadero y en el telar; para mí y para los otros he trabajado constantemente y no he tenido tiempo de cometer pecados. A la noche me arrojaba en el lecho como una muerta; durante el día estaba bajo el sol o bajo el agua, o bajo la nieve, de joven y de vieja."

que un notario [*Papini, Juicio Universal*] recoge de boca de Úrsula, infeliz bestia de carga que yo había creado para destinos brillantes de amor y de ternura, de felicidad y de alegría. ¿Cómo puedo cerrar un mundo donde ella no tienen cancelada su cuenta? ¿Cómo puedo apagar y finiquitar una duración cuando ella carece todavía de la libertad -el tiempo- de cometer pecados? ¿Puedo acaso perdonar y redimir a gentes cuyas historias no les han permitido ni siquiera el mínimo albedrío de alguna culpa pequeña?"

Nunca he sabido qué responderle, yo también he cerrado mundos donde ciertas vidas no habían tenido libertad para cometer pecados. En tanto que redentor, ante situaciones así te sientes estúpido, inútil, mientras observan tu vergüenza gentes tan limpias de culpa que no tienen qué hacer con el cacho de redención que reciben, como no sea ensuciarse con ella.

XXXVIII

Hay dioses a los que les gusta el aislamiento, supongo que tienen muy desarrollado el sentido de la territorialidad y aguantan mal la cercanía de otros. Sé de uno que se hizo un universo completamente vacío y localizó en medio de su nada un pequeño cubículo espacial de tres metros de alto por cuatro de ancho y cuatro de largo, cerrado por completo a toda realidad externa, aunque simulando en las paredes, suelo y techo, continuaciones ficticias del universo en cuestión (a todos los efectos vacío). Bajo el suelo otro aparente cubículo y bajo ese otro y luego un cimiento, una calle, una ciudad, un continente, montañas, mares, verdes campos, extensas praderas... Sobre el techo otro engañoso cubículo, tejado, aire atmosférico, firmamento, soles, lunas y estrellas, sistemas planetarios y mundos infinitos... Una pared hacia vecindades y gentes y amigos y bullicio y una completa sociedad irreal... Otra pared hacia fingidos familia, hogar, amor, hijos, nietos, futuro, esperanza...

A veces me acerco despacio a su prisión etérea, le oigo pensar consigo mismo y hablarse como si esos seres inexistentes le hablasen, es un dios loco de fingida locura, todo en él es falso, menos quizá ese cubículo de 48 m³ situado en el aire, a quince metros sobre el suelo de una ciudad fantasmal en un planeta vacío, es decir, en medio de la nada. No me atrevo a distraerle de sus locas divagaciones ficticias, aunque me vendría bien su consejo para el universo que estoy diseñando.

XXXIX

Mucho se quejan los hombres de las limitaciones de lo finito, pero es que no comprenden el horror del infinito y su esférica y sin bordes rosa de los vientos.

Recuerdo ahora el caso de aquel dios a quien se le perdió su hijo una buena mañana en medio del mercado. ¿Hace cuántos evos que lo busca sin hallarlo?, ¿qué se ha hecho del hilo que se enreda y se enreda de una búsqueda sin fin, tan sin fin como el infinito?... Ni siquiera sabe ya si el hijo ha existido en la realidad de las cosas hallables y encontrables, a lo mejor es una espina de tristeza (infinita) que se le ha clavado en el alma sin hijo ni nada. Un hijo perdido en lo finito es un hijo, un hijo perdido en el infinito es la nada, un sinsentido sin bordes, sin confines, sin salida, ya os lo he dicho otras veces: una prisión redonda. El pobre y triste dios se confunde consigo mismo, se cree ser su hijo en busca de su padre y, loco por la pérdida que no puede curarse en medio del infinito, su locura le convierte de sí mismo en el otro y cree ser el padre en busca de su hijo.

Por eso es un axioma de cordura entre los dioses: si hijo, no lo pierdas, si lo pierdes, no en el infinito. Pero claro...

XL

Estoy haciendo un mundo de una sola dimensión, los seres son hilos y la muerte lleva tijeras.

Me ha sorprendido mucho ir viendo crecer las leyes de su física, al principio creí que, sin grosor ni volumen, fácil sería atravesarlo con el brazo. Pero no, que se va la mano por la dimensión real y se convierte en un rayo de luz o de sombra, pero no atraviesa, claro, ese mundo no tiene revés, la muerte corta siempre por la parte de acá.

Las ilusiones van desde arriba hasta abajo, nunca de izquierda a derecha ni de delante hacia atrás, la esperanza, como siempre, desde abajo hasta arriba, la esperanza nunca cambia, en todos los universos es igual de estúpida, la tijera de la muerte no desfleca, no puede, da cortes limpios de tajos discontinuos, al no haber dimensiones no puede haber rebabas.

Lo más sencillo y previsible de este mundo unidimensional es la secuencia de padres a hijos, cada padre un hijo, cada hijo otro hijo, por donde corta la muerte acaba un padre y empieza un hijo, es simple.

El amor no existe, dado que es sentimiento transversal y que necesita espacio, los seres de ese mundo con el odio, plano y de una sola facies, se bastan, la muerte en esto ha tenido suerte, con el amor las tijeras se embotan, el odio las afila.

De la memoria nada, no se recuerda el pasado ni se proyecta el futuro, pues el hilo de la existencia, tomado desde su sección, es un punto sin dimensiones que no permite ver ni el ayer ni el mañana, la muerte mata con rara impunidad, a todos coge desprevenidos y nadie llora a los muertos.

Y la redención es sencilla: mientras mantienes sujeto el hilo con los dedos, la hay; cuando sueltas, deja de haberla. No hay que morir ni nada, en este tipo de mundos la muerte no mata redentores. Me gustan.

XLI

Nada se deshace con tanta rapidez como un mundo de azúcar, con que llueva se diluye todo en una serie de cascarrías almibaradas. Por eso conviene ponerle a los mundos un poco de vinagre, sal, acíbar y cuerpos callosos empercudidos de espesa costra. Si no, no duran.

Recuerdo una exposición de mundos dulces, todos de mazapán, de pestiño, de harina y miel, de huevo y azúcar, los océanos impotables de tantas sacarosas disueltas. Eran hermosos, el salón tuvo muchísimos visitantes, incluso se pusieron de moda una temporada, yo mismo presenté a concurso un chaprichillo de varios enjambres de mundos todo chocolate y confites. Quedé quinto y me dieron un premio de consolación que era una muerte de peltre sobredorado.

Pero esa moda pasó deprisa, a los pocos evos de la exposición los mundos, derruidos sobre sus propios cimientos de turrón y trufa, parecían fantasmas de una fiebre diabética, era terrible ver tanta desolación, las redenciones escurriendo y goteando en el suelo, el tiempo queriendo escapar por entre grietas de oblea, la muerte casi muerta en un coma de glucosa.

Ya no he vuelto a hacer mundos de esos, nadie los hace. Actualmente lo que se estila son universos de sombra, gotas de limón, una pizca de hieles, vaso alto de injusticia, agitado, no batido, todo sobre las rocas (el hielo que no falte). Y apurar de un trago, las redenciones se ponen en forma de sal por el borde.

XLII

He estado a punto de meter la pata. Estaban un dios, una diosa y una diosecilla pequeña sentados en el parque, desde luego una familia tomando el sol tranquila y echando de comer a los patos del estanque. De pronto me pareció que la pequeña se inclinaba demasiado sobre el borde en su afán de lanzar las migas a patos muy lejanos, quise dar una voz a los padres desatentos, todo muy deprisa, ya no era posible, sin vacilar me lancé a sujetar a la niña, si no agarro su tobillo se cae al estanque, y de pronto no es una diosa, es una muñeca articulada y sin alma, con garfio de hierro se agarra a la baranda, los sensores de litio de ninguna manera han perdido el control, su cálculo trigonométrico le impide fallar cuando arroja una miga a cualquier pato, el dios y la diosa no son matrimonio, son colegas que juntos diseñan un universo de autómatas. Suelto el robot que se resiste en mi mano, pido disculpas con murmullos confusos, me alejo

corrido y sonrojado, está muy bien lograda la muñeca mecánica, parece talmente humana, en ese mundo la muerte se llama desconexión, la redención es en wátios.

Alguien se me acerca corriendo, no sé qué le sucede, me agarra, me detengo un instante a ver qué quiere, se para y hace un gesto de perplejidad y sorpresa, me suelta, murmura unos murmullos, se aleja sonrojado.

XLIII

Acabo de visitar un mundo (no es mío, cuidado) en donde los hombres elevan súplicas constantes a su dios redentor en forma de oraciones, sacrificios, plegarias... Es un sitio deprimente, tristísimo, y la gente de ese mundo no prospera porque dedica todas sus energías no a conocer y domar las fuerzas naturales de ese cosmos, sino a elevar inmensos templos de piedra llenos de recargadísimas ornamentaciones, gigantescas columnas, vitrales para cuya decoración son necesarias muchas vidas, relieves, bajo relieves, alto relieves, murales, frescos... todo ello a cientos, a miles, a cientos de miles, y eso que la mayor parte son habitaciones del mismo y único dios, es un mundo donde el politeísmo, erradicado pronto por el celoso dios que los ha creado, poco más llegó a hacer que idolillos y cabañas.

He leído el catálogo turístico de ese mundo y lo publicitan como muestras de arte, están tan orgullosos de esos inmensos mausoleos de piedra que los conservan cuidadosamente, siguen celebrando rituales al dios en la mayor parte de ellos, veneran sin conocerlos a los millones de anónimos artistas constructores de remotos pasados, no repudian su memoria ni el estúpido derroche de recursos y energía, lo dan todo por bien empleado (incluso la cuota de ateos que, ateniéndose estrictamente a lo estipulado -ni un ateo más- el dios creador ha creado, dan por santo y bueno el que las generaciones pasadas hayan hecho tales 'maravillas').

Pregunté en información cómo llegaban a creer los naturales que el dios creador, único y monoforme-triforme, podía vivir a la vez en tantos santuarios. Recibí una confusa explicación sobre una característica llamada 'ubicuidad' (una forma de estar en el espacio cuya definición atenta contra toda idea del espacio) que, al parecer, a ellos les basta para poner en marcha las gigantescas empresas constructoras de templos.

En uno de los más grandes vive el embajador del dios. Quise enviar saludos por su intermedio al colega, pero el embajador es sordo (o el dios lo tiene retirado de la red para que solamente hable con él mismo).

XLIV

Me gusta mi amiga la 'Diosa entregada', constantemente dispuesta a ayudar como sea y a quien sea siempre que la empresa merezca su inteligente aprobación. Ella sabe que no sirve mucho para crear por su cuenta, varios intentos de universos fallidos la han convencido de su incapacidad para el tema. Mas no se rinde, cuando alguien (cuyos designios aprueba su equilibrado juicio) se pone a la obra de algún universo nuevo, ella se ofrece para lo que sea, y no desdén cualquier tarea, aunque sea la más humilde. La he visto calcar arenas a partir de troqueles originales del dios creador correspondiente, o dibujar trillones de olas a partir de un patronaje, y esas tareas tan humildes ni la desaniman ni la tuercen: las lleva a cabo con tal honestidad y eficiencia que son muchos los que no solamente la aceptan sino que la buscan. Siempre está atenta a cualquier descuido, no se hurta a trabajar más evos que nadie, ninguna trivialidad le parece secundaria, no pide retribución por su esmerado trabajo, no envidia las capacidades de otros más creativos, no murmura ni desfallece, siempre tiene a punto una sonrisa, sus alabanzas son siempre merecidas y no las escatima jamás...

Recuerdo precisamente la construcción (laboriosa, pesada, más agotadora de lo que en principio se había supuesto) de uno de mis universos. Se enteró tarde de la obra (nunca me he consolado de no haber recurrido a ella al principio de la empresa), cuando ya casi toda la tarea para la que resultaba capaz estaba terminada: no le importó, con su buen humor habitual y su activa energía se enroló en el grupo de hembras de placer a sueldo para las cuadrillas de obreros de base. ¡Y el salario lo entregó completo al fondo de compensación de redenciones!

Uno cualquiera de estos evos voy a proponerle trabajar como socios, no me importa llevar yo la mayor parte del peso creativo; ella tiene algunas muy buenas ideas que merece la pena intentar en la práctica. Es maravillosa compañera, seguro que el mundo compartido nos saldrá de maravilla, y sé que está rabiando de ganas de ensayar una idea que puede ser genial: un universo retrógrado, creado al final y donde la flecha del tiempo se encamine al principio, la historia contando proyectos, la memoria avizorando futuros, la muerte repartiendo cunas. ¿Y por que no?.

XLV

Aquel dios veterano estaba enseñando a su pequeño hijo la técnica del diseño de universos y mundos. En el inmenso almacén yacían maquetas inacabadas, planos de todas clases, rincones llenos de cordilleras inconclusas, bocetos más o menos originales de constelaciones y zodíacos, mares en germen, homúnculos incluso de diferentes cataduras, protocolos en embrión de redenciones posibles. Y el novel diosecillo trabajaba muy serio bajo la atenta mirada de su padre. Sacando la lengua nerviosamente y poniendo toda su atención en los detalles, estaba en ese instante creando la geografía de un planeta

verdiazul en el que la mano se le había ido un poco y casi todo eran océanos, pero que no obstante presentaba un aspecto asombrosamente profesional. Un poema la mirada del dios viejo, severamente fingida y enternecida por dentro al contemplar las buenas dotes de su vástago sudoroso.

En el filete alto del pliego unas marcas señalaban las especificaciones previstas para ese mundo y su historia: Redención tipo encarnadura y pasión crucifixa en imperio neobárbaro; expansión y consolidación; tecno-ciencia postfilosófica, unificación comunal, colonización del vacío, superación de la morbilidad, cancelación de la muerte. Todo muy clásico pero moderado, equilibrado y profesional, la clase de maqueta idónea para entrenamiento de un aprendiz con talento. Y que le estaba saliendo bien, al chico.

Me puse a hablar con el viejo de varios cotilleos y el atrevido muchacho, viendo que su padre se distraía, puso en marcha el tinglado sin encomendarse a hombre ni a sombra. Cuando nos quisimos dar cuenta los nativos del planeta estaban ya descubriendo el fuego y puliendo un politeísmo un tanto escéptico que presagiaba prontas e interesantes reformas. Lo apagó el dios veterano y nos quedamos pensativos, era un mundo lo bastante atractivo como para que no se quedara en la fase de maqueta. Con los brazos en jarras el temerario mocoso nos miraba insolente, la mano en el interruptor de su juguete azul.

XLVI

Detesto las hordas de dioses desharrapados y malolientes que en sucia mezcolanza y lioso embarullamiento, ruedan por esos mundos y lo van llenado todo de mondas de tubérculos y trapos harapientos. Juntos y revueltos los padres con los hijos, los primos con los hermanos, las esposas con las barraganas, niños y viejos, machos y hembras, hombres y dioses, no dejan títere con cabeza allá donde recalán, desordenan, polucionan, atruenan, comen con los dedos entre grandes risotadas y se mean incontinentes en medio de los salones.

Acaba de marcharse una, bendito sea Hombre.

Su jefe era un tal Zeus rijoso y parlanchín, con un lampo de pega con rayos pintados, más concubinas que especies de concubinas hubiera en sus mundos, todo el puñetero evo se lo ha pasado rascándose sus malolientes cojones y gritando desaforado a la legión de chiquillas que despiojaban con saña su hirsuta cabellera. Pocas veces he visto una horda más guarra ni un malandrín más grosero.

Comerciaban con todo, desde milagros a crímenes, sus carros eran desvanes de inmensos revoltijos, lo mismo encontrabas en ellos el himen virginal disecado de la hija de un dios primitivo que arena sacrosanta de un desierto regado por sangre de remotos redentores. Todo lo vendían y todo lo compraban; de mi taller se han llevado un paquete de brisas huracanadas pavonadas para matar y un redentor tercero de un mundo que se deshizo durante la hégira del segundo. Y me han dejado a cambio un chiquilla sucia y mocosa, de ojos muy grandes y tristes que se llama Core. Elapestoso jefe me la ha vendido por hija suya y como muy buena para creaciones de mundos donde se quiera poner agricultura, pero supongo que es la típica mentira de buhonero. Yo me la he quedado porque es muy bella (y doncella, cosa rara en la tribu de la que viene).

XLVII

Hay épocas en que vayas por donde vayas siempre te tropiezas con esas criaturas que no son dioses pero no son mortales. Creo que no me gustan, o por lo menos no me gusta que haya tantas, ni, si vamos al caso, que sean tan insolentes y... atrevidas. Sean ángeles o sean apsaras, sean ameshas o sean asuras, lo cierto es que se comportan como si el cielo fuese suyo y los dioses objetos de adorno para su satisfacción.

Últimamente han venido a miles siguiendo a un tal Indra que las reparte (en esta bandada son todas hembras, al parecer) como si fuesen folletos de propaganda, cosa que a lo mejor son; antes fueron unos ameshas nacidos mortales pero eternizados por virtud de no sé qué comportamiento santificador (?) y que estaban al servicio de cierto Ormuz remoto... Cuando te cruzas con estas legiones, o te apartas o te arrollan. Hay dioses que no saben estar solos.

Bueno, pues al cruzarme con el cortejo del que hablo, sin darme cuenta me han 'repartido' una de esas apsaras, que se ha quedado conmigo al parecer para siempre. Me mira con sus ojos maliciosos y reidores, hace gestos procaces y trata de meterme mano, todo ello con una aparente naturalidad como si yo estuviese totalmente de acuerdo y al cabo de la calle. ¿Qué demhombres querrá?

He tratado de sacudírmela de encima, de perderla, de olvidarla, de regalarla... pero ahora por aquí todo el mundo tiene una, o un par, y no hay forma de librarse de ella. Harto de todo este asunto he pretendido hablar de antropología con mi indeseada acompañante (hablar de antropología es truco que empleo mucho cuando quiero que me dejen solo), pero me ha salido el tiro por la culata: sabe más que yo, le interesa el tema, habla doctamente y argumenta con precisión y profundidad, me está contagiando su entusiasmo, quién iba a suponer que una prostidiosa fuese tan culta...

XLVIII

Una borrachera de *Asclepias acida* en un bar subterráneo en compañía de viejos camaradas y conocedores del *soma*... eso es maravilla, y lo demás son cuentos. Esta vez nos reuníamos los viejos muy

viejos dioses, la mayoría de nosotros olvidados ya en todos los universos que han salido de nuestras manos, para celebrar y festejar precisamente esto: haber sido olvidados.

La primera ronda a palo seco, a trago largo, en jarras de hueso de muertos enemigos, gáznate abajo sin respirar siquiera... te entona de tal modo y te coloca tan rápido, que antes de que sirvan la segunda ya estás medio místico, parpadeando despacio y hablando de... bueno, hablando de tus mundos (cada uno de los suyos, todos a la vez, todos de los de todos). El famoso brindis por la Luna (madre del *soma*) abre las espitas finales de la camaradería más recóndita, y ¡hale!, a charlar y beber y beber y charlar y que la noche se haga día y el día se haga noche y los evos se sucedan como se suceden los cuentos.

Debo de haberme dormido en algún momento, pues cuando despierto con una resaca que promete durarme dos eternidades, tengo a Surya delante hablándome muy serio y con el índice levantado de crear señalando, sobre acerca de que el mundo para no ser debe haber sido borrado siendo. La antropología natural aplicada y sus físicas concomitantes nunca han sido plato de mi gusto después de haber trasegado litros y litros de licor de *asclepias*, pero sigo estando borracho y creo que entiendo los argumentos de Surya, o es Agni quien... me parece que he vuelto a dormirme...

Tenemos que reunirnos a beber más veces, me gusta festejar el olvido de los mundos por los dioses o los dioses por los mundos o lo que sea, pero festejarlo. A fin de cuentas el *soma* es sagrado ¿no? Y mientras bebas no creas.

XLIX

Cuando los '7 Dioses Negros' (llamados también 'Heptarcas Melanoteos') fueron o se sintieron agraviados por los dioses jefes, se juramentaron en venganza y alianza de odios, y planearon sus siniestras respuestas a la ofensa recibida. Mucho hemos sufrido todos en los cielos por causa de esta historia de aversiones, discordias, enemistades y enconos.

Álorah, Blimeh, Coacalep, Dimitra, Eria, Fernefer y Gustel, negros como su nombre y fieros como el tiempo, no eran entre sí ni amigos ni fraternos, pues andaban separados y enemistosos por universos distintos, pero la ofensa vino a recordarles sus lazos de sangre y a estrechar sus vínculos, Eria y Dimitra, las diosas como siempre más feroces que los dioses, se encargaron de instigar a sus hermanos para la empresa común del desquite.

Coacalep y su historia me son bien conocidos, pues el universo en que se cobró su famosa venganza queda cerca del mío, aquél en que resido cuando no estoy en la ciudad resolviendo asuntos.

Un su capataz que era medio mestizo de diosa y de humano y de otras especies, todo gritos e histerias pero buen sujeto en el fondo, me vino una tarde a ver despavorido. 'Mire, señorito, que el amo no está y han empezado a pasar cosas muy raras en el mundo... Si usted que sabe tanto quisiera... y como el amo... es que no sé qué hacer, y si se tarda acaso...' Me fui con el pobre sujeto a ver de qué se trataba, no me extraña que estuviese tan acojonado: todas las esperanzas estaban fructificando de golpe y como estrellas que estallasen en fuego, cada quien recibía en ese mundo lo que su propio corazón le hubiere prometido, el incendio amenazaba incluso mis propios firmamentos. Sin detenerme a pensar llamé a toda mi gente y antes de nada abrimos (¡qué noche, qué tarea frenética, qué prisa enfebrecida!) cortafuegos de prudencia por todo el perímetro, no paré hasta que supe con certeza que mi universo estaba aislado de aquel mar de esperanza ardiente y luminoso.

Cuando mis propios asuntos estuvieron resueltos ordené a los míos que ayudasen en lo posible, pero aquel otro mundo estaba ya perdido. Coacalep lo había preparado a fondo y a conciencia, el fuego abrasador tenía miles de focos, la esperanza arrasaba los aires y los mares, erosionaba montañas y diluía el tiempo, fundaba en las almas tan sólidos cimientos y fijaba en los corazones tan densas alegrías que nada podían ya segar allí los dioses; si no hubiese yo andado atento a mis asuntos sin duda mi propio mundo también se habría perdido, acaso todos los mundos... Del maldito incendiario nunca más se supo.

L

De pronto un buen día dejó de rezarme uno de los más veteranos y fieles súbditos míos, habitante de un mundo en que las cosas iban pasablemente bien. Con el mínimo disfraz me presenté ante él, que rápidamente supo de quién se trataba.

-- Buenas tardes, Miguel.

-- Hola, Dios.

-- Es decir, que me conoces.

-- Dentro de lo que cabe...

-- Claro, dentro de eso, por supuesto. Pero significa que sigues creyendo en mí...

-- Mitad y fifty.

-- Crees o no crees: en esto no hay medio.

-- Si algo me ha enseñado la teología es que hay medio en todo. Lo que quiero decir es, que si creo en ti, propendo a olvidarte; y en tanto que te recuerdo, más bien creo poco.

-- ¿Y eso?

-- Las cosas de la vida, los sucesos, los aconteceres, los ocurrimientos...

-- No te enrolles.

-- Yo tuve una vida, no sé si recuerdas... Bueno, pues me quedan migajas.
 -- Es que el tiempo...
 -- Claro, el tiempo.
 Y tuve un talento, un buen talento muy satisfactorio. Por cierto, gracias por el talento...
 -- De nada.
 -- aunque para qué das talentos a los que no permites cauces. Es como ser un lapicero muy afilado muy afilado y que luego no puedas escribir, o escribas en el aire.
 -- Buena metáfora.
 -- Como que no es ni mía ni tuya.
 -- En eso del talento yo reparto y luego... Con el talento mismo...
 -- Claro, con el talento mismo.
 Y tuve una familia, pero ahora estoy sólo. Mi esposa...
 -- Las esposas van y vienen, y más en estos tiempos.
 -- Claro, van más que vienen.
 Y tuve tres hijos, al mayor se lo llevó la guerra.
 -- Cosas que pasan.
 -- Claro, cosas que pasan.
 Los dos que me quedaban se los llevó la paz.
 -- Es ley de vida.
 -- Claro, es ley de vida... en fin, ya te digo...
 -- Si te estoy entendiendo, de veras que sí, ¿pero tanto te cuesta seguirme rezando?
 -- Es que no se me apetece, no hay causa mayor. No tengo mucho por qué. Y a lo mejor no existes.
 -- Eso sí, claro, a lo mejor no existo.
 Creo vagamente recordar que eso fue todo, tal vez nos despedimos (supongo yo, los dos somos educados), pero me quedó cierto remusguillo y probé durante un tiempo a vivir esa vida, calcadita, paralela, por simple curiosidad. Y en efecto, no podrías quejarte ni podrías lo contrario, era como él dijo, que al cabo de unos años dejaba de 'apetecerse' seguir mascullando plegarias. Vaya usted a saber la razón. El talento sí era hermoso, fastidiaba tenerlo para nada pero era hermoso, la soledad no tanto, de los hijos ni recuerdo qué se hizo, en la paz se diluyen.

LI

El dios de los fracasos era muy buena gente, siempre estaba empezando después de algún desastre, qué iba a hacer por otra parte teniendo la eternidad todita disponible.

Mundo que levantaba, mundo que se caía; redención diseñada, redención fallida; firmamento creado, firmamento en derrumbe; pobre dios de los fracasos, qué destino el suyo.

Y no era mal creador, solamente sin suerte. Yo he visto sus planos y son impecables, una vez incluso hice un universo calcando uno de ellos: funcionó de maravilla, hasta los detalles menores eran elegantes, pulidos, originales, hermosos. ¿Por qué a él se le caían siempre los palos del sombrero? ... Pura mala suerte, ya lo he dicho.

Ganó cierto concurso con una maqueta toda de acero y cristal de roca, con los humanillos pequeños figurados y vivos, miniaturas muy bonitas, todo funcional. Bueno, pues antes incluso de comenzar las obras, la propia maqueta se deshizo en óxido, el acero se quebró como hierro dulce, los cristales parecían de caramelo chupado, los humanillos enfermaron de un mildiú fúngico misterioso y letal que los dejó achicharrados como cagadas de mosca en los rincones de la maqueta... un asco y una pena, tiraron la porquería y cambiaron de proyecto. Así le pasa siempre, qué suerte la suya.

Ahora saca para maldurar alquilando o vendiendo proyectos de universos, haciendo de negro en suma para otros arquitectos. Escudado en ese truco y a cubierto de la suerte, muchas de sus creaciones se hacen y funcionan, le pagan una miseria, nunca firma proyectos, pero trabaja y va tirando, que tal y como está todo quizá no sea poco.

LII

Parece que mi forma de hablar de los hombres es siempre la misma, como si no supiese cambiar de registro, y quizá es eso, que no sé.

Los viejos libros de las diferentes culturas y sus sagradas escrituras sobre los hombres o sobre el Hombre, según se trate de culturas polihumanistas o monohumanistas; sagas fantásticas de resonancias épicas, con los hombres y sus hordas recorriendo las historias en aras de mitos tan atrevidos y potentes que dejan un aroma intenso de aventura, de sentimiento y de emoción; o densísimos tratados de antropología, miles de páginas en idiomas eruditos y venerables hablando de la esencia y atributos del Hombre, de su papel en el orden general de las cosas, con discusiones y controversias de tal profundidad entre partidarios de unas y otras doctrinas que muchas veces se entienden difícilmente tan sutiles matizaciones; catecismos para niños donde se relatan con encantadoras ternura y cercanía las parábolas del Hombre, su doctrina de a pie, su mensaje de... de lo que sea que trate el mensaje del Hombre...

De todo eso yo nada, mis textos son otra cosa. ¿Qué cosa? Ésa es la cosa, que no lo sé.

Si se catalogan los argumentos de mis escritos casi solamente aparecen tres asuntos: creaciones de universos y mundos (nunca detalladas, por cierto, nunca con pormenores, planos, cuestiones técnicas, etc.), redenciones (jamás con sus protocolos ni sus especificaciones, decálogos, evangelios... de todo ello nada) y por fin historias menudas de éste o aquél, o ésta o aquella (y en este caso sí, con los detalles y los chismes).

Es verdad que cada maestrillo tiene su librillo, pero me gustaría poder y saber cambiar el mío, relatar por una vez truculentas, intrépidas y osadas aventuras de hombres inmensos y antiguos, darle a mis textos un interés que les asegure lectores, porque mucho me temo que nadie se va a interesar por estas páginas desangeladas, ni los dioses más aburridos. (Y que los dioses de mi familia y dioses amigos tienen que estar hasta el moño de libracos como éste, pobres y qué fieles me son).

LIII

Quisiera contaros la saga del dios que regresa atravesando mundos, sus mundos, hasta el origen de su propia historia, hasta la fuente de su mismo poder creador. Cómo ante él se extienden los variados universos de su genial inventiva y cómo los recorre de planeta en planeta, de estrella en estrella, de historia en historia, haciéndose en cada uno habitante genuino y encarnando desde lo más profundo de su corazón la aventura humana que le corresponde. Poder referir para vosotros la riqueza y variedad de esos orbes bien estructurados y redimidos, la belleza de sus constelaciones, la armonía de sus avatares, y cómo el dios que regresa los encuentra buenos y tiernamente cercanos a su alma y atraviesa sus tiempos como la brisa atraviesa los cálidos efluvios de un paisaje dorado.

Llevaros luego, siempre acompañando al dios que regresa, a regiones de más elevada montaña, donde los mundos a visitar son ya más austeros, rígidos, de cristal, y contemplar ahora al dios hombre atravesando su aridez con la frente al viento, los ojos enrojecidos por una marcha silenciosa y esforzada, pero que igualmente habla a su corazón con la mística grandeza de las cumbres de hielo.

Y llegar luego a los cosmos distantes de remota desolación donde tendremos necesidad de apelar a nuestra mejor resistencia y veremos al dios que regresa inmutado por fin de soledad y nostalgia, mundos éstos tan sombríos y carentes de vida que las redenciones, cesantes, ateridas, grisáceas, saldrán a nuestro encuentro como fantasmas de viejos mendigos que suplicasen sin esperanza tendiendo las muertas manos hacia la nada.

Y terminar al fin el recorrido acompañando al dios que regresa hasta su última y primera guarida, verle y oírle golpear la puerta cerrada que no da paso a ninguna salida, que no tiene lado de acá ni tiene lado de allá y que consiste en un límite que nada delimita.

Porque todos somos el dios que regresa de universo en universo, de mundo en mundo, atravesando estrellas hasta llegar a un morada que es a la vez nuestro origen y nuestro destino.

LIV

Mi amigo 'Dios bondadoso' era tan bondadoso (os perdono la redundancia) que siempre estaba ocupado escuchando ruegos de los humanos de sus mundos, no descansaba jamás, cada ruego le ataba a una responsabilidad interior de la que no sabía desprenderse. Tenía pocos mundos, pero aún así...

Dios que me ayudes en esto, dios que me procures lo otro, dios que mi esposa no sé qué, dios que mi marido no sé cuál, dios que mi hijo tal cosa, dios que mi padre tal otra, dios que este asunto no acaba de irme bien, dios que te quedes por favor un momento al cuidado de... mientras yo... dios que mira hacia este lado, no dios que mires hacia este otro... Y así todo el tiempo, el pobre dios era pura providencia, nunca he conocido ninguno que lo fuese tanto.

Pero las cosas llegaron por fin demasiado lejos, estaba yo delante cuando alcanzaron su punto álgido. Tenía las manos ocupadas cada una con una providencia diferente, mientras con los pies sujetaba ayudas distintas y con los dientes mantenía otra que se la solicitaban con mucha urgencia, de cada oreja pendía una cuerdecita que amarraba varias atenciones menores... Lo recuerdo bien: echó una mirada al mundo en cuestión, vio a toda la puñetera gente cada uno a lo suyo mientras que él estaba a lo de todos... Soltó un gruñido muy poco divino, se increpó con grandes voces: "¿Pero qué clase de gilipollas soy yo?", y soltando las diversas providencias que mantenía, dejó que aquella mierda de mundo se fuese al carajo. Nos dimos un abrazo satisfecho y nos fuimos a tomar unas copas arrullados con el derrumbe de fondo de aquel estúpido universo.

LV

'Diosa fea' era también llamada 'Diosa triste', había tenido más novios que arenas tiene el firmamento y estrellas la playa, pobre diosa gorda y con flebitis... Bien decía ella (y lo sabía por experiencia) que los dioses gordos, especialmente si son diosas, no tienen nada que hacer en este mundo de modas delgadas, al menos mientras dure la eternidad presente.

La frase de los novios lo que significa, claro, es que la habían dejado todos, y quizá que en realidad no había tenido ninguno pues no ilumina nada una legión de velas apagadas que tal vez no tenían pábilo ni cera.

Lo más triste de su caso era que ya ni siquiera alimentaba ilusiones, esas ensoñaciones vagas que se mantienen estando despierto y que son el único consuelo de los inconsolables, pues mediante ellas se mantiene al menos una ficción de propia importancia y de mínima autoestima que permite, siquiera sea a trancas y barrancas, ir viviendo. Recuerdo que, hablando con ella alguna vez, le pregunté precisamente por este tipo de historias fantásticas, me miró a los ojos con una tristeza depurada y veterana, añejada en bodegas milenarias, y me respondió que los gordos ni siquiera tienen ilusiones de éstas, que incluso en sus fábulas interiores los personajes delgados desprecian al protagonista gordo sin que éste pueda hacer nada por evitarlo, y tuercen el sentido de la propia ficción y todo concluye en una tristeza peor que no haber soñado...

Me dicen los amigos que tengo el corazón muy flojo y debe de ser verdad porque en mis mundos nunca pongo infierno y mis redenciones son siempre sencillitas y de fácil alcance. Supongo que también en esta ocasión fue mi blando corazón el responsable porque me llegó tan hondo la amargura de la pobre 'Fea Triste' que me pasé varios evos buscando algún dios gordo y solitario que no estuviese liado con nadie y al que poder proponer la única solución para los males de la diosilla que a mí se me ocurría. Lo encontré, desde luego, dioses gordos hay más de los que parece.

En fin, no sé si ser bueno es buena cosa... Resulta que a ninguno de los dos le gustan los gordos, ahora se odian y me odian, y están más tristes que nunca, ser gordo es mala cosa, especialmente si te pasas el tiempo buscando infructuosamente al delgado que supones que habita en el interior de tu propia gordura para cambiarte por él y dejar de ser quien eres...

LVI

Dicen los hombres con razón que el cielo les libre de los dioses machacones. Yo supe de uno que era tan pesado y tan sobón de sus criaturas, tan paternal y amistoso y tierno y besucón que los redimía todos los días, los pobres no hacían otra cosa que ser salvados por su dios, ni tiempo tenían de qué. De madrugada bien temprano, casi corriendo, a ver a quién le tocaba ese día la faena, distribuir los cargos y las cargas, prepararlo todo frenéticamente para que a mediodía fuese ya posible desencadenar el proceso, tener la redención misma a primeras horas de la tarde, recoger los bártulos al caer el sol y luego, con la fresca pero sin descanso, todos, incluso mujeres y niños, a escribir evangelios, interpolar apocalipsis y copiar textos sagrados. Dormir unas horas (soñando arcángeles anunciadores) y otra vez lo mismo. Los exégetas y sacerdotes nunca acababan de saberse las liturgias, pasaba por sabio inmenso el que podía citar de memoria el mero uno por millón de los versículos proféticos y las escuelas de teología daban los títulos (parciales, renovables, con másters semanales de reciclaje) después de treinta cursos de enseñanzas ininterrumpidas.

Pero claro, como decía el dios machacón: "Es que los amo". Y así ¿qué podía hacer él, o qué podía evitar?... Y que el amor es muy suyo, no te deja descanso, mala cosa para tus súbditos si los amas porque estás todo el rato amando y amando y a ver qué solución tienen ellos, ni tú mismo si a eso vamos...

En la medida de lo posible yo trato de moderarme en los cosmos que creo, aunque me doy cuenta de que, afortunadamente, soy bastante normal y no me extralimito en este asunto. Así, yo procuro poner los grados del amor bien distribuidos y amor mismo muy poco: Amistad. Amistad con afecto. Amistad, afecto y ternura. Amistad, compañerismo, afecto afectivo y ternura íntima. Amorín. Amorcillo menor. Amorcito en grado incoativo. Amor de peltre. Amor de plata. Amor de oro. Amor de diamante. Y, ya digo, poco, pocamente poco, amor amor, etiqueta negra. Y una redención por mundo, sálvese quien pueda.

Da un poco de repugnancia ver siempre al machacón besando gente, acaba uno por desconfiar de tanto resobo, caramba, si tanto los ama que no los cree.

LVII

De orden del Hombre se hace saber que tiene libres y disponibles tres adoraciones de primera, dos de segunda y otras dos de tercera y que se abre por tanto concurso público de dioses y diosas al que pueden concurrir cuantos reúnan los siguientes requisitos:

- Ser dios de primera, segunda o tercera, correspondiendo a la categoría a la que concursen. No se admitirán dioses de categorías menores.
- Que hagan milagros semanales, entre resucitar y dar vista a ciegos, nunca por debajo de oído a sordos.
- Que las redenciones sean en vivo y en sangre y sirvan para lavar pecados al menos hasta blasfemia y parricidio, nunca menos de adulterio.
- Que las castas sacerdotales sean mudas y las catequesis voluntarias y por signos.
- Que los evangelios sean interpolables por consenso, teniendo como núcleo un pequeño argumento de no más de mil palabras.
- Las liturgias deberán ser fijas y acomodarse a la cultura real, nunca al revés.
- Las fiestas religiosas han de coincidir con las fiestas paganas.
- Los dioses en cuestión se comprometen a devolver las adoraciones sobrantes si el orbe acaba antes de lo que especifique el contrato.

- Si se trata de diosas, no podrán vacar por causa de embarazo ni estarán autorizadas a nombrar dioses tutelares a sus hijos. Bajo ninguna circunstancia serán adoraciones hereditarias.
- Los dioses admitirán recibir nombres diferentes en las distintas partes de los mundos, al menos uno por valle y tres por comarca. Responderán a las súplicas sea cual sea el nombre con el que se les rece.
- Estarán obligados a conceder una de cada dos peticiones, siendo al menos dos de cada cinco de tamaño superior al medio (= puesto de trabajo, novia rica, salud en morbilidad no letal). Se documentarán las peticiones rechazadas con acuse de recibo al interesado.
- Apariciones individuales en casos de angustia y momento de muerte, y apariciones públicas testificables al menos dos por siglo, no todas marianas.

Las partes se comprometen a acatar las decisiones de los tribunales de cada orbe.

El plazo de presentación de plicas, que deberán ir cerradas y no haber sido presentadas a concursos anteriores, se cerrará el último día del presente evo.

LVIII

Dimitra la Negra armó a sus humanos con corazas de un acero hecho de similtorno, una mezcla secreta de tiempo y eternidad que les daba a la vez defensa contra la muerte y ciertas fuerzas divinas y dimensiones duraderas. Pero no contenta con eso untó las puntas de las armas con ungüentos maléficos que producían delirios si se mezclaban con la sangre a causa de una herida.

Y lanzó a sus huestes contra legiones indefensas de dioses desprevenidos, yo tuve la suerte de no estar ese evo, me enteré del desastre por otros cauces.

Al parecer las fiebres de aquel unto alucinógeno producían emociones humanas en el alma de los dioses, fibra a fibra se iban cargando de ternura y de ilusión, de una cepa variante del odio común que llevaba anexo remordimiento y pena, de humildad, de pereza, de alegría y tristeza, de soledad, de esperanza, de justicia, en fin, de mil maldades cada cual más cruenta y horrible que las otras.

Los pobres heridos caían sobre sí mismos enrecogidos como fetos que no quieren nacer, y chillaban y pedían a gritos una muerte que no era posible, creo que los improvisados hospitales de campaña erizaban de horror la piel de los dioses encargados de aliviar los sufrimientos de aquellos infelices.

La mayoría se volvieron locos (los enfermeros digo, los otros ya lo estaban) y al final nadie quiso hacer aquella tarea siquiera por divinidad y mero filoteísmo. Y en cuanto a los pacientes aún y para siempre recluidos allí: mancos con menos almas, estúpidos condenados a hacer solamente universos de barro, miserables que aúllan con los muñones florecidos de amores y otros hongos, una babia aterradora de miradas perdidas en mundos fantasmales donde reina la muerte pero sin poder alcanzarlos jamás y jamásnunca.

De la negra Dimitra nadie sabe nada.

LIX

Cada trozo de soledad que me sobra lo guardo en una bolsa que llevo al hombro y que va tintineando a cada paso que doy por esos caminos. La bolsa y sus armónicos cachivaches me recuerdan la caridad que las gentes de tantos lugares van haciendo conmigo. Soy un hojalatero errante, compongo viejos cacharros, sartenes, perolas, mares, calzado, tijeras, desiertos, cuchillos, firmamentos, todo lo que pueda remendarse lo remiendo, desde una humilde segur que se ha quedado sin mango, hasta un mundo que se ha quedado tupido y hay que limpiarle el desagüe para que no se acumulen sin morir los muertos.

Los aldeanos me van pagando con lo que pueden, pocas veces en moneda contante y sonante, casi siempre en la pobre especie que su humildad les permite, por eso llevo tantas soledades colgadas al hombro, también tengo nostalgias, y hasta amores de primavera con que las muchachas son tan generosas. Procuró nunca pasar por los mismos pueblos porque la gente cambia y a mí no me gusta. Soy un raro errante que busca cambiar pero que no quiere que las cosas cambien. Que cambien los rostros porque son pueblos distintos, pues bien, pues me gusta. Que cambien las historias porque son tiempos diferentes, pues bien, pues me alegro. Pero si regresas a lo mismo que siga siendo lo mismo, no me gusta que lo mismo cambie y deje de ser lo mismo, si amé a una aldeana y me dejó en prenda una soledad y una mirada, por qué ha de ser otra cuando vuelves un día a pasar por allí y es vieja y es su nieta la que ahora te mira y enamorar se deja sin saber siquiera que también lleva tu sangre...

Nunca vuelvo a los mundos por los que ya he pasado, nunca amo de nuevo los amores que amé, nunca beso otra vez los labios que he besado, compongo cosas rotas pero que siempre sean nuevas, no sé si me explico, no sé si me entendéis, me gusta ir yo cambiando, no que cambien las cosas.

LX

Quise saber si ciertamente podía simbolizarse la eternidad con la historia aquella de la bola de hierro de mil trillones de km. a la cual roza un pájaro con su ala una vez cada millón de años, y que cuando la bola ya se ha desgastado entonces la eternidad no ha empezado todavía. Bueno, pues es cierto, pobre pájaro. Luego quise saber si era verdad lo otro de una gota que cae cada millón de años para llenar la cuenca vacía de un océano que ocupa un trillón de universos, y que cuando ya está a tope y con una gota más se

saldría, entonces la eternidad no ha empezado todavía. También es cierto, me aburrí infinito contando gotas, del orden de 10^{200} , gota más gota menos.

Y la historia de un niña que cuenta cuentos, cada tarde un cuento, y una tarde cuenta el cuento de una niña que cuenta cuentos, cada tarde un cuento... Que cuando la niña cuenta el cuento de una niña que *contaba* cuentos (aquí hay un salto cualitativo, apréciese), que entonces la eternidad estaba empezando. Lo mismo, que sí, que tuve que matar a la maldita niña, estaba hasta el gorro de cuentos y gentes que cuentan cuentos sobre gentes que cuentan cuentos, al carajo los cuentos y quien los inventó.

O sea, que la eternidad es eterna. Y qué, pues vaya descubrimiento, lo he sabido siempre, a ver si os creéis que estoy aquí porque quiero, que si no me he ido al tiempo es por gusto, que soy eterno por elección.

El viejo andarín que recorre la superficie de un mar infinito con una niña muda caminando a su lado y llevando sobre el hombro un pájaro cansado. Muy cansado. Porque cuando al fin la eternidad se termina, entonces el tiempo no ha empezado todavía, hombre lo confunda.

LXI

Si ocultas la cadena con la manga de la túnica y te disfrazas bien (sobre todo el maquillaje) puedes asistir a las fiestas humanas sin que nadie descubra que eres un dios. Y claro: si no hablas.

Para un dios lo más difícil a la hora de imitar a los hombres, y donde siempre nos descubren cuando más seguros estamos, es en las frases hechas de nuestra costumbre divina, en cosas como 'en verdad, en verdad os digo', si todo el mundo sabe que los hombres mienten... O te pones a explicar la edad de las estrellas y eres innecesariamente preciso, como si evo más evo menos no fuesen a la postre ambigüedad elegante.

A mí me pillaron en un mundo de fuego donde viví un tiempo tratando de ligar con una humana muy bella que decía que me amaba, porque se me escapó de golpe una fecha exacta *del siglo siguiente*, como si acabase de leerlo en el periódico de ese día... tuve que hacer milagros *coram populo* aplaudido tímidamente por aquella gente cursi, a la muchacha misma me vi obligado a resucitarle a su madre y a su abuela y a premiarle el número que llevaba en el sorteo de un chisme semoviente que rifaban en la fiesta, en fin, hasta tuve que hacer obispo a un su acompañante que era chamán mío y con el que luego me engañó...

Pero la anécdota más triste que yo recuerdo a estos efectos no fue por hablar a destiempo, sino por soplar mal: cuando uno de los dioses del viento se equivocó de yate en plena regata real y sopló de forma exclusiva sobre las aladas y rojas velas de una embarcación que competía por su cuenta y fuera de concurso, estando todos los otros trapos tan huérfanos y arrugados y manifiestamente desasistidos de los eolos del lugar, que todos los regatistas se pusieron a gritar 'tongo, tongo', rodearon (remando) la embarcación 'milagrosa' y en lugar de hacer allí mismo una ermita monumental, mearon sobre las aguas que se pusieron amarillas y quebradizas y atraparon al enchufado en una escarcha de orines; un asco y un fiasco.

La lección es sencilla: cuando estés entre pringaos, sé un pringao o véte.

LXII

Los mundos por sorteo no dejan de tener su encanto, siempre, claro está, que la suerte se reparta como es debido, porque yo sé de un mundo de éstos donde dejaron a la suerte que obrase a su antojo y... mejor me lo callo.

Pero poniendo atención, los mundos más razonables son los de sorteo. En primer lugar te descuidas de justicias e injusticias, del maldito reparto equitativo de talentos que es un rollo y nunca se hace a gusto de todos, mientras que al ser por sorteo todo está igualadito y nadie protesta. Luego el orden de vida, el orden de destino y el orden de muerte, en listas equivalentes distribuidas por lotes y siendo el azar el único responsable. Los accidentes y los incidentes: a suertes. Los hijos premio y los hijos maldición: a suertes. Los amigos traidores y los amigos fieles: a suertes. El éxito profesional, el fracaso personal: a suertes. A suertes el honor, el deshonor, la gloria y la infamia; a suertes los amores, los odios, las virtudes y los vicios, decisiones, proyectos, recuerdos, fantasías, remordimientos, lágrimas... En fin, todo a suertes.

Y quitarte de encima el estúpido sambenito aquél: '*a quien dios se la dé...*'

Pero como es debido, claro, sin dejar que la suerte haga lo que quiera.

LXIII

En una redención (no recuerdo bien, creo que fue en la tercera del segundo cosmos, en un triverso de azogues que diseñé por encargo), dejé los evangelios completamente en blanco, me parece que puse tinta falsa en los tinteros de su único evangelista, o era ciego, o no sé qué truco, pero estaban en blanco. Lo hice precisamente por una cuestión de propia dignidad, me parece que habían dejado de pagarme y estaba todo el asunto *sub iudice*, en manos de leguleyos y procuradores, y viendo yo que me quedaba sin cobrar, pues dije ahora vais a ver.

Resultó que dio lo mismo, al parecer la gente no lee los evangelios, al menos en ese mundo, se los inventa, da igual que ponga esto o lo otro o que no ponga nada, sus chamanes siempre predicán un evangelio (apócrifo, claro) y a nadie se le ocurre dudar de la doctrina.

Me acerqué una mañana por curiosidad a oír y no estaba mal, trataba de unas gentes que adoraban a su dios y hacían caridades y eran honestos pero no se amaban, y entonces eran como campanas sin badajo o bronce resonantes (o sea, campanas con badajo), en fin, que mal, que lo que importaba era amarse.

Va a resultar en esto de los mundos y de las redenciones como en aquella historia del sabio antiguo que vio a un pastor comer lentejas en una rebanada y tiró el plato, y luego vio a un muchacho bebiendo del río con ayuda de la mano y tiró el vaso y antes había tirado otras cosas inservibles, una filosofía, un reino, varias constelaciones. No necesitamos tanto como nos parece, si nos amamos nos podemos pasar sin redenciones ni firmamentos ni filosofías ni universos ni platos ni dioses. Algo así. Pero, claro, hay que amarse, por eso hay filosofías y dioses.

LXIV

El pequeño Fernefer es el menos negro de todos los hermanos, tiene una sonrisa que desarma suspicacias, es casi imposible desconfiar de él pero te clava la venganza en medio de los ojos en cuanto descuidas su mano de inocente perfil.

‘Fernefer el arpista’ le llaman (no en su cara) porque usa siempre redenciones de arpa, baja a sus mundos pulsando las cuerdas y a base de notas entroniza en las almas una especie de alegría mezclada con orgasmos que sus súbditos humanos entienden salvación.

Le ha adaptado al arpa una cuerda suenadiosa, capaz de vibrar más hertzios que ninguna otra cuerda de instrumento humano o divino que haya habido o no haya, cualquiera que está al alcance de semejante fuerza se siente ganar sin poder evitarlo por una melancolía que deshace los huesos y tritura certezas y desintegra propósitos y machaca decisiones. El arpa de castigar del pequeño Fernefer se dice que podría matar si el negro quisiera, que herramienta como ella no puede hacerla un dios sólo para el mal y debe ser ambivalente (yo creo que lo es) y ésta es precisamente la más horrible faceta del instrumento, pues nunca para matar la usa el fiero diosecillo, quizá de los siete negros sea éste el peor, su venganza consiste más en lo que no hace que en lo que comete, más en la felicidad que no entrega pudiendo, que en la misma desgracia que produce. Es algo espantoso, digno de un hombre.

LXV

Aladas libélulas humanas puse en un mundo sin raíces ni luz y dejé que se salvaran por sí mismas, quise saber qué futuro podrían llegar a hacer sin redenciones.

Levantaron el vuelo en el ocaso (y siempre era ocaso en su mundo sin soles ni crepúsculos) y todo se volvía de nieve gris, como una escarcha que las alas de cristal sembraban en el aire. Eran tan bellas que todos los dioses susurraban consejos para que ese hermoso mundo no se me perdiera, conteniendo el aliento las veían volar, todo estaba pintado de libélulas.

Y no podías ni pestañear siquiera porque el más leve choque levantaba oleadas de transparentes milagros que se deshacían en una fina polvareda de cristal.

Eran frágiles como seres humanos, venían desde la esperanza y estaban hechas de futuro, un solo gesto imprudente atascaría las redes de la muerte.

Pero sí que lograban encontrar a pesar de todo el camino de un futuro suficiente, volando sobre la nada se redimían a sí mismas, qué otra redención cabe que no sea volar sobre la nada, qué otro destino hay que ser una libélula de cristal aleteando entre la niebla...

Cuando ya se me olvidan todos los mundos que he ido haciendo y deshaciendo, y caen como copos de densa nevada las hojas del cuaderno en que dibujo y desdibujo los universos que los contienen, ese orbe minúsculo de libélulas transparentes me viene a la nostalgia con su silencio y levedad, y más allá de las lágrimas de mis ojos entristecidos por todas las batallas que hemos ido venciendo, una fina retícula de escamas irisadas se perfila en un ala de elegante ligereza y es como un párpado vivo que al abrirse abre mundos y al cerrarse los cierra.

LXVI

Haz en tu alma la lista

de todos los ocasos y todas las arenas,

de todas las hojas y todos los perfiles,

de todos los cabellos y todos los sentimientos.

No se pueden crear mundos

como se hacen figuras de papel,

que solamente las dobleces cuentan,

tal podría doblarse el aire y bastara

si quisiera el aire quedar sólido un momento.

Los mundos son por el contrario de fuego,

se hacen nada más que cuando se deshacen,

si no llevas la cuenta no habrán existido,
tu lista es su esencia, tu memoria su historia.
Un solo pétalo de una sola flor
que no recuerdes,
y ese cosmos entero será un caos de ausencia,
los colores se volverán silencio,
los sonidos se volverán negrura,
la vida perderá su brújula y viajará redonda
en la noria incesante de tu olvido.
Y recuerda al hombre aunque no sea
criatura especial, hijo bienamado,
aunque se vuelva, como siempre,
loco,
y rompa y destruya tu obra
para elevarte sobre la ruina catedrales.

LXVII

El verso anterior que un panfletario me ha puesto en la mano cuando tranquilamente paseaba sin meditar profundidades, me lleva a desear un mundo sin hombres, quizá lo haga, un mundo en que las flores lleguen a su tiempo y solamente tengan por enemigo las abejas. Un mundo bucólico y *beatus ille*, para deambular por paisajes desiertos, qué tranquila idea y cómo se sosiega el alma solamente al pensarla. El hombre cansa.

Al hombre hay que dedicarle esfuerzo, nacerle y matarle, amarle y odiarle, tenderle la mano y retirarle el muñón, calzar su pico con bozal de cuero, embotar su garra con limatón de sombra, el hombre es ave de presa que nunca cede ni descansa ni se entrega, llegas a ser amigo del tigre, del hombre amo o siervo, dios o esclavo, nunca hermano. El hombre cansa.

Un universo de estrellas solitarias aunque pobladas de vida, simplemente con un *hombrestato* que te avise si llega, si la evolución amenaza con volverse hombre, y entonces suavemente encauzar al mono hacia inocencias salvajes sin dejarle acabar de volverse loco. Planetas sin número llenos de maravillas, de pájaros y esencias y flores y perfumes y todos los colores que sepa hacer la luz...

Ya sé, ya sé, es ley de las leyes que solamente al hombre se le entregan los mundos, que sólo para el hombre los mundos se construyen, que a la postre somos del hombre sus obreros para hacerle su casa y dibujar su historia y cantarle al nacer sus canciones de cuna y mantener atraillado el perro de la muerte hasta que él solicite que lo dejemos suelto... Ya lo sé, ya lo sé, nunca se me olvida, era solamente un suspiro fatigado, porque el hombre cansa, serlo y no serlo.

LXVIII

No sólo no me gustan, me disgustan los universos en que se permite al tiempo adelantar alguna de sus líneas sobre las otras. Son mundos crueles que no tienen más justificación que privilegiar a alguna casta que, por las razones o sinrazones que fuere, al creador de ese cosmos le cae más en gracia. ¿Qué es lo hermoso en que sepan los padres, por ejemplo, el día de la muerte de sus hijos? ¿Resuelve alguna cosa que los amantes sepan, en el mismo origen de su amor, la fecha en que su amor dejará de serlo? ¿Confundir futuros y pasados entreverando los unos con los otros puede tener algún sentido?...

Hace poco me contaban de un mundo en el que su dios (quizá él se crea que es un rasgo de ingenio) hizo a la ciencia médica capaz de diagnosticar enfermedades mortales mucho antes de lograr curarlas... véase qué dolorosa y estúpida sinrazón que convierte a la medicina de ese mundo, de actividad generosa y ayuda al doliente, en juez inapelable y siniestro que siempre condena y nunca condona. En semejante tesitura, a quienes únicamente beneficia el despropósito es a los de la casta médica, a la cual, claro, ni le interesan las curaciones rápidas y eficaces porque se queda sin pacientes, ni la desinformación absoluta; lo que le viene bien es justamente eso: diagnosticar sin curar, apariencia de solicitud y de competencia con un mínimo de soluciones terapéuticas.

Se necesita ser un dios muy raro para hacer mundos así. Me parece que hay que darle al tiempo lo que es del tiempo y confiar al futuro lo que es del futuro, al menos hasta que el presente adquiera verdaderos derechos sobre él. Irse muriendo como todos los hombres, en la confianza del día tras día con los dolores y achaques que cada día traiga, pero no ser condenado a muerte por una sentencia disfrazada de sabiduría que anticipa la mirada inapelable del destino sin su consoladora y misericordiosa ambigüedad.

LXIX

Álorah era el mayor de los siete negros y sembró de puro amor sus universos en venganza contra los dioses por la ofensa recibida.

Los mares de hielo de mundos sólidos y aristados de blanco cristal deshelo desde los cielos con sentimientos tan ardientes que las aguas hirvieron al deshacerse las montañas. Los desiertos de fuego de

los planetas áridos se refrescaron con brisas de ternura y cariño, mitad y mitad según fórmula propia, es difícil no llorar ante emoción tan limpia.

Así que Fernefer con su música, Coacalep con su esperanza, Dimitra con toda su batería de emociones y ahora el amor que Álorah esparcía sin tasa: la venganza de los negros iba tomando forma, en sus mundos poco a poco iban quedando sin espacio los dioses, cualquiera que rompa el tirabuzón infinito (los hombres por la muerte creen en los dioses, cuya inmortalidad irredenta les hace crear hombres) desplaza hacia la nada a los seres celestiales.

Se cita como ejemplo aquel viejo mendigo que caminaba sin rumbo por un sendero polvoriento cuando la siembra de Álorah le cayó sobre los hombros, y regresó a su juventud y volvió a su familia y amó de nuevo padres y hermanos y esposa y aún los hijos sin engendrar amaba todavía, qué oraciones iba a necesitar ni qué dioses venerar si de viejo se hizo joven y su seco corazón reverdecía en su pecho... mientras los halcones se hacían piadosos y perdonaban pájaros y los pájaros se volvían misericordiosos y se entregaban a los halcones (la piedad circula siempre en los dos sentidos), los jueces en su compasión absolvían reos y los reos en su ternura desasesinaban víctimas.

Como un manto de nieve cubrió de amor sus mundos Álorah el Negro y lo dejó sin dioses.

LXX

No leas los libros sagrados que no se han escrito para tus ojos, no quieras saber lo que se dispuso que tú no supieses, el árbol de la sabiduría es otro árbol, no es éste, comiendo de este fruto solamente se puede mirar detrás de la pantalla que no tiene revés.

No por ser dios deberás saberlo todo, ser dios no es eso, eso es ser hombre, los dioses con saber lo que necesitan tienen bastante, para qué se quiere saber demasiado cuando lo único que te propones es hacer universos y mundos...

Deja que la sabiduría te busque a ti, si quiere, a su tiempo, a su paso, cuando ella lo decida, no es sabiduría perseguir la sabiduría, como no lo es huirla o ignorarla. Que las cosas se decanten en su momento oportuno, sólo de los hombres es propio precipitar acontecimientos, los dioses disponemos de la eternidad para que todo se repita y vuelva a repetirse sin urgencias ni agobios.

Si se ha dispuesto que sepas una palabra de cada dos, rompe los libros por la mitad y tira cualquiera de ellas, con tu mitad te basta, todos los libros son dobles y cada parte es doble y el que lee una sola palabra los ha leído enteros. Sabiduría es leer aquella única palabra de cada libro que importa, lo demás es metáfora y redundancia y adorno.

Recuerda que hacemos universos para entendernos a nosotros mismos, por vuestras obras os conoceréis, que cada mundo te enseñe su palabra esencial hasta que llegues a descubrir, si tienes suerte, la tuya.

LXXI

Se pueden hacer universos de la nada, pero siguen siendo nada mientras son y duran, y a la nada regresan sin haberla dejado. Yo en mis tiempos hice y eran hermosos, filigranas de nada elevándose al infinito, firmamentos de nada rutilando en la sombra, soles iluminando la nada de los mundos con auroras de nada y crepúsculos de nada, mares y cordilleras de nada amontonada, hombres que de la nada nacían y a la nada regresaban atravesando la nada.

Cualquiera que describa uno de estos mundos tiene inevitablemente que abusar de la misma palabra, pero también te pasa si haces universos de algo, o los haces de luz, o los haces de aire, que para describirlos tienes que usar todo el tiempo la misma y única palabra.

Y tampoco hay diferencia, esa es la verdad, entre un mundo y otro mundo, cuando coges la nada y empiezas a crear cómo saber que es la nada y no es el aire o la luz, cuando no has empezado todo es lo mismo en tus manos, no hay diferencia alguna, el aire es la luz y la luz es el sonido y el sonido es el aire y todos son la nada, grumos de nada pasajera y disfrazados de nada (acaba siendo aburrido usar la misma palabra, este idioma monobíblico es demasiado astringente).

LXXII

Es erróneo pensar que los mundos nos salen como los dioses queremos, la mayor parte de las veces no es así, siempre alguna cosa se te resiste y acabas dejándola como esté harto de intentar enmendarla. A mí particularmente en esas ocasiones cada vez me queda peor, yo ya no pretendo mejorar el primer diseño.

Ha habido universos donde he pretendido, qué sé yo, por ejemplo ternuras, y luego han ido saliendo líneas desabridas, amargos sentimientos, ácidas pasiones, y no ha habido forma de que quedasen finalmente las cosas a mi gusto. Hay dioses muy suyos que en tal caso borran y tiran y quemar lo creado, yo suelo conformarme con el resultado, qué voy a hacerle, tampoco pienso nunca que sean diseños míos, siempre tengo la sensación de que guían mi mano en el tablero de dibujo, si al final sale así, será que así tenía que ser, quién soy yo para romper los planos, un simple amanuense ciego y sin memoria.

Y cuando pasa el tiempo ves misteriosos dibujos que no sabías que estaban (pocas son las cosas que entiendo yo de lo que hago, todas las filigranas me asombran y me enseñan), se elevan ante tu vista piruetas ignoradas, seres desconocidos y a veces muy hermosos se agitan ante ti y tú no los recuerdas. Pienso yo que esos mundos se crean a sí mismos utilizando mi mano para dibujar los perfiles y, claro, no

necesitan mi aprobación o visto bueno, no podría darlos o dejarlos de dar, no sé de dónde surgen, a dónde se dirigen, únicamente me siento agradecido y humilde por tener la oportunidad de irlos viendo aparecer ante mis ojos.

Pero la mayor parte de las veces no son como me propongo, cuando lo son no me gustan (y no los reconozco, ya sé que se trata de una paradoja, también es dictada).

LXXIII

Era un dios que creaba mundos interpuestos, entre cada mundo y él ponía mundos de amparo, así se defendía de los mundos creados, tenía miedo pavor a que sus creaturas le llegasen al alma con sus gritos y llamadas. Como quien enciende una mecha y eso lo hace al final, preparado para correr y, en cuanto está prendida, huye a resguardarse tras fuerte mamparo, así hacía este dios, lo último de todo era encender al hombre, luego escapaba despavorido en una fuga frenética para ocultarse detrás de sólidos mundos de cemento y tiempo.

Pasados muchos evos asomaba la cabeza y miraba de lejos para ver los efectos, si el mundo estaba ya seco y apagado se acercaba poco a poco y acariciaba los restos. Pero como acaso quedase un rescoldo ardiendo todavía, demudado y sudando se alejaba más lejos, tapándose los oídos y cerrando los ojos en posición fetal durante tanto y tanto que acababas creyendo que se había ido. Y quizá era así: un día me explicó que todo se debía a un sueño o pesadilla en que soñó ser hombre.

LXXIV

Pocos dioses me aterran tanto como Eria la Negra, que diseñó universos con regla de igualdad y cartabón de justicia, maldita sea por siempre y Hombre la maldiga.

A ver qué espacio queda para nosotros los dioses en un mundo donde la justicia sea cimiento y arquitrabe, razón y estructura, en sus orbes estamos más cesantes que los jueces.

Y que ni siquiera tiene que tomarse molestias de diseñar estrellas, meteoros, montañas, de abrir cauces de ríos o cuencas de océanos, bastante se les da a sus humanos de todo eso siendo la justicia la tierra que pisan y el aire que respiran; puede la negra Eria hacer mundos de papel y a sus súbditos humanos le parecen paraísos. Incluso ocasos se ahorra la muy... y hasta flores, paisajes y hermosuras, todo para qué, a esa gente le sobra el paisaje que tienen, la justicia es su aurora, para qué quieren soles.

Cuando empezó sus mundos, un dios malicioso que, como yo, la odia, se preguntaba en voz alta: 'Cuando aparezca la muerte a ver cómo hace para seguir siendo justa y que sus hombres sigan tan alegres y plácidos...' Bueno, llegó el momento, apareció la muerte como siempre a su tiempo, pero está claro ahora que no entendemos nada, no es la muerte como pensamos la suprema injusticia, se saludaron ambas con abrazo fraterno bajo la mirada tranquila de los primeros moribundos, resulta que la justicia traspasa esa frontera, acompaña a su gente de una vida a la otra, si la justicia existe no necesitas nada, estás vivo siempre, eres un dios hombre, un hombre dios mortal pero eterno, malditas sean Eria la Negra y su justicia.

LXXV

Dos dioses amigos, camaradas de muchas aventuras y evos, acotaron un terreno que dividieron en dos partes contiguas para hacer a la vez sendos universos, uno cada uno, no por competir, sino por el gusto de trabajar a la par, hombro con hombro, eran como hermanos después de tanto como habían vivido juntos.

El universo de la izquierda lo llenó su creador de arcos elevados de jardines de agua y de cristal, estructura reticulada y atrevidísima en la que arquitrabes de fina silueta y elegante espiral se retorcián sobre sí mismos para alcanzar otros niveles de su propia consistencia y dar tan aérea impresión al no obstante sólido conjunto que se experimentaba la necesidad de levantar la mano para sujetar tales volutas audaces. Si una bóveda se abría a estrellas remotas más bajas sin embargo que ella, las columnas que la sujetaban pasaban por encima horadando la tela de luz que la constituía y se erguían como lanzas afiladas hacia una altura más allá de las dimensiones. Si la nervadura arriscada y desobediente fugitiva de un arco se llevaba como flecha el astil de su propio diseño, capiteles helicoidales desenroscaban su esencia para subir en trémulo polvo de luz y caer por fin sin caer nunca, tan espigados y cumbreños.

El universo de la derecha lo amasó su dios en pétreas montañas imponentes, allá donde apoyaban sus estribos se aplastaba la sombra bajo su peso y, constreñida en sus moléculas más allá de toda resistencia, se encendía de golpe en chispazos de luz, así de plúmbea resultaba la zarpa de esas cordilleras engravecidas. Como lava de piedra que discurre rebosando de su propia densidad a paso tan lento que se hace y se deshace, se licúa y se refunde a cada centímetro que avanza, así las estrellas de ese mundo recorrían la noche y tenía la noche que esperar durando evos infinitos sin dar paso al día no por su pereza, no por su lentitud, más por la de tan sosegado firmamento. Y los mares eran inmensos, pero a una sola gota condensados por la presión de la mole, una gota que valía por un millón de océanos, suficiente para apagar, o casi, la sed del hombre.

Y se sentaron juntos en el porche de sus mundos, a charlar del trabajo, a reír como chiquillos que han dado de mano a los deberes del día. Envidiosos y asombrados, aunque sanamente, se mostraron admirados de tan ruidosa manera cada uno con el mundo del otro, que al fin se los cambiaron con gran

satisfacción por ambas partes, qué universo tan bello ganaba cada uno, qué fruto del amigo y qué gozoso trueque.

Y empezó el primero con las masas inmensas a moldear agujas de elevadísimos arcos y bóvedas que se abrían a estrellas remotas con columnas erguidas como lanzas afiladas hacia una altura más allá de las dimensiones... pero respetando sin embargo la belleza aplastante de aquellas cordilleras que hacían con su peso luz de la sombra y densa única gota de los rebaños de océanos.

Y empezó el segundo con las atrevidas nevaduras y los elegantes capiteles de altísimos destinos a embaldosar los suelos de cimientos ciclópeos, capaces de soportar el peso de las constelaciones y de comprimir la luz hasta volverla sombra... pero respetando sin embargo la belleza alada de aquellas columnas que se alzaban al infinito sin concederse límites.

Uniendo sus almas consiguieron dos mundos iguales y diferentes, bellos por doble partida, elegantes e imponentes, tan armoniosos de sus disonancias y tan equilibrados de sus diferencias que resultaron la envidia de otros dioses solitarios. El fruto del amor es un híbrido tan hermoso que toda raza pura envidia su mestizaje.

LXXVI

Sí que deben de ser grandes los universos y mundos habida cuenta de la cantidad de elementos que tienen que contener, pero eso no significa que a los dioses nos guste solamente lo inmenso, a mí por ejemplo me apasiona lo diminuto, yo he diseñado universos por el único placer de ser grano de arena en una playa infinita y durar un instante en las manos del viento para perder enseguida memoria y destino. O ser gota en la cuenca inundada del mar y subir y bajar con una ola atrevida para cesar rápidamente y regresar a mi origen.

Y muchas veces estas minucias justifican mundos, que solamente como marcos para ellas se hacen, aquí en estas páginas he referido ejemplos en varias ocasiones. El mayor despilfarro de medios y procesos, de estrellas, de planetas, de tiempos y de soles recuerdo que lo hice a fin de resbalar un instante, en forma de rocío, por el borde dentado de una cierta hoja para cuya existencia tuve que inventar enormes selvas llenando muchos mundos y climas muy complejos y auroras y noches y no sé qué más cosas.

Pero grandes o pequeñas, los dioses siempre tenemos razones personales para crear los mundos: por este amor de ahora he hecho este universo, tiene playas y mares en vista de que suele disfrutar en la orilla, no hay otra razón de que existan las estrellas que el que acaso ella quiera pasear una noche.

LXXVII

Al grito insolente y desabrido de "*¡Hic Rodhus, hic salta!*", un dios envidioso que es mi enemigo (tiene la cátedra por acceso, no por oposición, como yo) me señala, a base de golpes sobre los folios, una copia de estas páginas y me reta a que haga un universo aquí delante, si es que no soy un fantoche y de verdad los hago.

Estoy seguro de su gesto de mofa y befa si le hablo de terminología y le respondo con un: "*¿Qué entiendes tú por "universos", y qué quieres decir cuando dices 'hacer'?*", como si tratase de retirarme por el foro sin dar la cara. Seguramente se imagina que los universos son estas pellas de barro estrellado, planetado y humanizado que lo llenan todo a base de hidrógeno caliente y de hidrógeno frío. Y en cuanto a 'hacer', este tipo por hacer entiende lo de '*ex nihilo*', plantar aquí delante una cosa como ésa a golpe neto.

Ni siquiera es consciente de que tiene en las manos (precisamente aquello que en su envidia y suspicacia groseramente golpea) los universos que yo creo, si tan sólo se parase a considerar que él mismo es una sombra de mi propia fantasía...

LXXVIII

Cuando Blimeh el Negro pactó con sus hermanos la venganza irremediable, no pensó nunca cumplir lo pactado, siempre ha sido más amigo de hacer compromisos de palabra que de hacer honor a la palabra comprometida. Lo que pasa es que se vio obligado por las circunstancias, o mejor dicho, le vino la venganza tan preparada a las manos que le daba más pereza no hacerla que hacerla.

Tenía un cosmos hueco de luz comprimida que usaba de picadero en sus aventurillas. Era un simple nido sin mucho diseño, sin súbditos naturales, geografía pura con el mínimo firmamento y física planetaria para que hubiese luces y ocasos románticos. Se lo 'regalaba' generoso a todas sus conquistas, aunque (como le era muy cómodo) siempre lo canjeaba al final por cualquier joya de peltre que las dejara contentas, una constelación, un solecillo, a veces un simple cometa de hielo sucio, las hembras son como son, el brillo las deslumbra.

Pues bien, se había citado allí con su querida de turno cuando al llegar descubren que el mundito está habitado, una casta de hombres hechos de luz cuajada ha ido evolucionando desde la pura luminosidad y ahora están ya en la existencia reclamando atenciones, providencias, redenciones... en fin, todo el aparato. Bueno es Blimeh el Negro cuando está caliente, le importó tres bledos que aquellos microbios poblasen su mundo, se puso a la faena con la querida en cuestión y el vaivén de su 'ajetreo' les sirvió a los luminosos de redención y evangelio. Aunque bien mirado el tema la cosa no estuvo mal; aquella gente era demasiado

etérea y transparente, en su mundo el sexto era 'no levitar', los santos eremitas se masturbaban en penitencia, así que la divina lección de sexo pasó a ser iglesia universal.

Pero ya sabes lo que ocurre cuando le das al sexo lo que es del sexo, que entonces el orgasmo te parece divino, por eso hay redenciones donde se predica abstinencia y los dioses siempre han sido enemigos del coito. En el mundo del negro Blimeh el único dios es follar (aunque una secta de guarros herejes predica obscenidades de mística luz).

LXXIX

Una de las cosas que me resultan más difíciles en la creación de orbes es trazar la raya de la normalidad en los protocolos que definen a los humanos, un pequeño desliz por arriba o por abajo trae consecuencias incalculables (y casi siempre funestas).

Si pones la normalidad demasiado baja, resulta que tardan millones de años en inventar la rueda, a los pocos días de inventada la olvidan y siguen arrastrando con bueyes las piedras cuadradas, nunca pasan del hacha y a veces ni llegan, cosas como la música o la literatura permanecen para siempre en estado larvario, gruñidos en ambos casos, en cuestiones de religión no suben de la imagen de palo o de piedra, y todo igual. Aislados sin remedio, no solamente no salen del planeta: ni siquiera logran escapar del valle.

Pero si pones la normalidad demasiado alta, cuando quieres darte cuenta ya han llegado a las estrellas y las manejan a su antojo, las traen y las llevan, las apagan y las encienden y se saltan a la torera tus leyes de tu física, la religión les dura menos que el sermón de un ateo. Se hacen los amos del mundo y vete luego a reclamárselo.

Yo uso desde hace mucho una regla sencilla: en cuanto aparece el primer hombre fruto de la evolución que sea le pongo delante papel y lápiz. Si se los come, permito que el mundo ése siga su curso, pero si deja alguna huella, con sentido o sin él (¿alguna diferencia?) del lápiz sobre el papel, cancelo los humanos y apago ese universo. A veces mis amigos me llaman el 'Diviágrafo', pero a mi juicio lo bueno de la tradición oral es que con el tiempo se olvida.

LXXX

A veces no he resistido la tentación de ser solemne (cuando era un dios joven, vanidoso y altivo), pero desde hace mucho ya no hago cosmos grandilocuentes. Me aburren.

Incluso ahora estoy pasando una época de verdadera continencia, con munditos rapidísimos y breves, de no más de diez evos: estallido, soles, planetas, bacterias, peces, mamíferos, primates, hombres, superhombres, estallido. Aquellas inmensidades de mi juventud, que duraban cientos y hasta miles de evos, con varias especies humanas sucesivas, que salían al menos a seis redenciones y ocupaban tanto espacio que acababa perdiéndome, todo eso ¿para qué?... ¿Qué se consigue con el mero tamaño?... ¿Se pueden hacer delicadas y sutiles maravillas como las filigranas y finuras de mi último diseño?

Una frase lapidaria, definitiva, contundente, es mucho más y algo distinto que un novelón de mil páginas que morosamente repite cada aburrido detalle.

Recordad: "Creé un mundo sin hombres, nacieron por sí mismos, me quitaron de dios, ahora busco errante algún templo vacío". ¿Qué más palabras necesita?

Así mis mundos ahora, cada cosa sucede solamente una vez, cada yerba, cada pájaro, cada hombre.

LXXXI

Cada vez que hago un mundo del derecho hago también un mundo del revés, si en uno los árboles elevan su tronco y entierran sus raíces, en el reverso elevan sus raíces y entierran su tronco. El amor del uno es odio en el otro; quien está llamado a redimir acá, es allá el perdedor demoníaco; quien aquí padre, allá hijo; de este lado el sol tiniebla lo que de aquél ilumina; aquende las rameran venden su carnalidad y ya son para siempre vírgenes, allende las vírgenes venden su pureza y ya para siempre son rameran. En fin, si en éste mata la muerte a la vida, en aquél la vida mata a la muerte.

Son dos mundos muy diferentes aunque yo no siempre consiga distinguirlos.

La razón y causa de éste mi equilibrado proceder es que un mundo solo y solitario es como una hoja que tuviera haz y no tuviera envés, una luz sin sombra, un pasado sin futuro, una amistad sin rencor, una justicia sin injusticia, en fin: privar a la libertad de la posibilidad de elegir un cielo o un infierno.

Hago también, por supuesto, humanos cara y humanos cruz, cada cual tiene su espejo en el otro mundo; recuerda, hombre, si te odias, que alguien en otro cosmos te ama; recuerda si te amas que alguien lejano pero de confianza te odia.

Tengo que probar alguna vez con universos impares: Todo luz y nada sombra. Todo sombra y nada luz. Mortales los dioses. Inmortales los hombres.

LXXXII

Gustel el Negro se llamaba a sí mismo Gustel de Sangre, llevaba un rubí en la frente grande como un puño aunque llena de arrugas de viejo libertino (el rubí y la frente respectivamente). Había creado un poeta (bueno, dos poetas) para que le imprecaran de vez en cuando a grandes voces poéticas '¡Oh, rubí

encendido en la divina frente...! etc., etc., era un sujeto muy grandilocuente y un poco estúpido. Hablo en pasado porque desde hace muchos evos nadie ha vuelto a verle, ni a él ni a su hemocristálido pedrusco. Le daba a sus firmamentos aspectos de toda clase de criaturas fantásticas, sus zodíacos eran zoológicos y sus constelaciones corrales, de vez en cuando se entretenía en lanzar destellos sangrientos desde su frente divina.

Se olvidó durante varias eternidades del pacto de venganza suscrito con sus hermanos, además de estúpido era desmemoriado, se lo vino a recordar algún recadero de la vengativa familia. ¿Qué hacer como castigo y que a la vez se pudiese crear mucho pedrusco, zafiros y topacios y esmeraldas de fuego?... Era el pobre tan tonto que, falto de fondos, pidió un crédito al banco universal de dioses, los cuales de más está decir que se negaron a ello, afligido y llorón pidió ayuda a la familia recibiendo sólo desprecio.

Al final nadie sabe si este bobo se ha vengado, pues ni él ni sus hermanos ni los dioses del cielo entienden el significado de ese mundo 'radiante' de papeles de colores, donde los viejos envoltorios de caramelos se pretende que sean diamantes y donde las estrellas son agujeros tapados con celofán en un viejo cubo de hierro podrido. Naturalmente ha puesto súbditos humanos, cómo no, los dos poetas imprecadores que no falten, pero ya ni siquiera tienen aquella antigua grandeza, el uno está muerto y los escritos del otro ni su padre los lee. En fin, allá donde haya ido que le lleguen los ecos de su mundo de colorines y si ha querido vengarse entonces se ha vengado, la venganza es quererlo, demos gracias al Hombre.

LXXXIII

Los caracoles del tiempo son lentos, pero no tanto como la gris nevada de la eternidad, que nunca termina de caer y depositarse en el alma.

Me gustaría hacer mundos eternos, pero en realidad me parece que no me gustaría, o sí, no sé... Entonces no sólo no cambiaría nada (la injusticia eterna, la soledad eterna, la muerte eterna) sino que no cambiaría nada (la justicia eterna, la juventud eterna, la vida eterna). No sé.

Todo lo que naciera, eternamente permanecería en la nada antes de nacer, eternamente naciendo, eternamente nacido... No sé. Eternamente no sé. Quizá sea bueno que el tiempo domine como señor de las cosas y las empiece y las haga durar, pero también las acabe; podríamos aguantar eterna tristeza, infinita desolación, ilimitada soledad, pero ¿aguantaríamos acaso alegría perpetua, vida perdurable, felicidad infinita?... No sé si el hombre, nosotros los dioses desde luego que no.

Y a fin de cuentas la duración de un instante del tiempo es el alvéolo en que nace, dura y perece la breve eternidad.

LXXXIV

Todo lo que efectúas acaba dejando huella en tu alma (o en aquella herramienta que haga sus veces), pero especialmente honda la dejan los sentimientos de los corazones humanos, que por cierto nunca he sabido si los haces tú, que al fin y al cabo eres el hacedor de los corazones en que nacen, o son los corazones mismos y no tú quien los hace y apropia, los sentimientos digo.

En un mundo remoto que, por lo demás, he olvidado, se me marcó una pasión con fuego tan viviente que su escara en mi alma ni se ha borrado ni se borrará. Empezó siendo el odio corriente que los hombres sienten hacia los dioses y que a veces llaman amor, cuando alcanza grados místicos. Empezó siendo odio, ya digo, pero el espíritu que lo albergaba era tan exquisito y creativo que con ese hierro seco y oxidado fue labrando volutas, arabescos, matices, enredados y enrevesados adornos que acabaron modificando no solamente la forma, sino la naturaleza del material primitivo hasta crear un sentimiento sin nombre de cuya magnificencia no podría dar idea, tan inefable llegó a ser y tan hermoso.

Se enlazó saliendo a mi alma desde la suya, y a su compás me hizo a los dos danzando nos obligó a seguirlo, penetraba las membranas que recubren el alma con tan aguda gracia y tan feroz urgencia que inundaba el recinto sin que pudiera acaso no hubieras querido de su hedor defenderte. Que quizá era aroma, quién podría saberlo, tan retorcido estaba.

Un tiempo fuimos uno aquel ser y yo, en mística unión pude pulsar su alma como él o ella pulsaba la mía, la luz de mi pasión derritió su substancia y aquel ser entero se me quedó grabado en la huella misma de su propio troquel. Lo llevo desde entonces siendo parte de mí, como lacre de sangre perfumando la escara que es el único recuerdo de mi memoria y de él.

LXXXV

Los dioses no tenemos inviernos, pero tampoco tenemos primaveras. Las haces, sí, si quieres, pero no las disfrutas, de qué me sirve a mí, si quiero ser caballo, poder hacer caballos y lanzarlos galopando contra el viento. Hacedor ciego de ojos y colores, sordo creador de sonidos y música, manco diseñador de prodigiosos artistas, piedra capaz de construir la vida, prisionero y tullido fabricante de halcones...

Nada consuela de este quedarse en la orilla viendo cómo zarpa la nave que has pintado sobre el mar cuyas olas acaban de ser terminadas por el pincel de tus manos. Mas desolación se decanta entonces en la vasija de tu corazón que la soledad de cuantos mundos puedas haber creado.

Y qué decir del llanto que con tierna providencia has perfilado minucioso lágrima por lágrima y que jamás lo llorarán tus ojos que no existen...

LXXXVI

La realidad es menos real que la nada, compacta, contundente, sólida, maciza; aunque es más real que la soledad, pues ésta frecuentemente se amasa con la nada; es delicado el tema de con qué haces los mundos. Ya digo que la nada es buen material por su densa estructura y su escaso desgaste, pero tiene un inconveniente justo en sus ventajas: dura demasiado, tiras los mundos nuevos, es la historia aquella del almirez de bronce.

La realidad en cambio, al no ser tan consistente, permite renovaciones, cambiar de vez en cuando y tolera mejor un uso desgastante.

Con lo que no aconsejo yo hacer orbes es con soledad, pues, sobre ser más plúmbea todavía que la nada y por ende más mostrenca y basta, luego es aún menos resistente que la propia realidad y no te duran los mundos ni siquiera hasta yerba, no te digo ya a homínidos con alma.

Pero son discusiones de dioses ociosos: todo el mundo sabe que el mejor material para hacer los universos es no hacer universos.

LXXXVII

Se han hecho pruebas de cruces con dios y mujer humana, con diosa y hombre, claro que sí. Pero siempre el resultado ha sido inverso al que se buscaba y deseaba: con todos los fallos de ambas razas y ninguna de sus cualidades (cosas horribles, dioses estúpidos, hombres inmortales, un espanto).

Injertos, clonación dirigida y mixta, selección racial artificial, incluso diseño asistido por ordenador gen a gen y *divus* a *divus*... Y siempre lo mismo, engendros y monstruos inviábiles y repulsivos, está claro que los dioses y los hombres no pueden hibridarse, o mejor dicho: no deben.

Desde luego que los hombres de los diversos mundos reflejan siempre en las imágenes unas representaciones de los dioses sacadas en parte de sus propios espejos humanos, pero se trata tan sólo de fantasías y de ídolos, no creen realmente que los dioses sean esos hombres viejos de venerables cabellos blancos, o las diosas esas matronas llenas de túnicas y velos que se aburren en sus altares.

También nosotros representamos hombres con nuestro propio aspecto cuando creamos los mundos, acaban saliendo siempre a nuestra imagen y semejanza. Todos los creadores creamos nuestras creaturas parecidas a nosotros, todo retrato es un autorretrato, toda biografía es una autobiografía, toda oración es un soliloquio, a lo mejor (o a lo peor) cada dios es ya un cruce de dios y hombre, cada hombre es ya un híbrido de hombre y dios, quién sabe quién es quién y hace qué aquí donde hacer es a la vez deshacer, proyectar recordar y volver es estarse yendo.

LXXXVIII

Hemos estado juntos en la orilla del lago, infinidad de colores del otoño tardío flotaban cerca del cielo, abedules llorones, pinos y abetos resistiendo sin desnudarse, pequeños enebros creando el dosel más bajo, arces cuya pancromía, desde tierras y sienas a verdes y amarillos, desbordaba del ojo su hábito de belleza, robles solitarios guardianes de un esmeralda propio... mientras los dos soles del planeta, uno saliendo y otro cayendo, fundían orto y ocaso en una aurora de luces inefables. Y hemos hablado con sosiego aprovechando la calma y la elegancia de la naturaleza serena.

Me ha explicado las razones que le llevan lejos a cielos remotos a crear sus mundos, la inoportunidad de crear aquí mismo donde todo está gastado y se pudre, el deseo, casi la obsesión, por nuevos horizontes y espacios virginales, he visto en sus ojos lo que hace evos no veía, lo que los dioses más viejos hemos olvidado y quizá ya sólo queda en estos alevines ilusionados, y he tenido que callar y otorgar, aunque sus razones son emociones y no conceptos y sus argumentos son proyectos y no silogismos.

Plantará allí nuevos horizontes, creará nuevos universos, todo será joven y reciente... por ahora. Un día sus nietos se irán más allá de ese más allá y le darán las mismas sinrazones para irse que él me está dando mientras riela sobre el agua la luz de uno de los soles, no sé si el que sale o el que se pone, no conozco este mundo, no sé su norte.

Desplaza su mano sobre la mía en un mudo gesto de consuelo, sabe que sé que le pierdo, las bellísimas luces del paisaje no nos apaciguan, ni alivian del ánimo la espesa borra de tristeza que lo cubre como una nieve de fango y soledad. Ya habríamos caído uno en brazos del otro dando rienda suelta a nuestros sentimientos si fuésemos diosas y no nos importara el espectáculo de nuestra propia desolación, pero, como somos dioses y esas efusiones están mal vistas, contenemos la emoción dentro de nuestros corazones y el silencio hace las veces de las palabras doloridas que no podemos pronunciar.

Porque el mutismo se hace demasiado difícil de respirar, o para quebrar como sea la tensión del momento, le pregunto si ya sabe qué hombres quiere crear, sus ojos me miran con más amor que nunca, dibuja en la arena de la orilla el modelo de humano al que no tardando entregará sus mundos, es un calco mío, va a crear al hombre a mi imagen y semejanza, no puedo evitar que las lágrimas resbalen libres por mis mejillas, ya solamente un sol nos baña con su aurora.

LXXXIX

No suele hacerse, a muchos les pareció terrible, yo mismo tengo la conciencia intranquila, pero una vez compré un mundo, llegó a ser mío no por creación sino por compraventa. Hubiese podido hacerlo, claro está (habría sido una repetición, un calco, porque me gustaba tal cual, sin cambio ninguno, pero no hubiese sido la primera vez ni algo tan escandaloso), pero quería ése, precisamente ése, su belleza me impactó desde el primer instante, por qué no ha de poderse comprar lo que se anhela si su dueño accede.

Muchos vienen a verlo por la cosa del escándalo, incluso han pretendido comprarlo y he recibido ofertas en firme por parte de coleccionistas de curiosidades, gentes a las cuales el mundo en sí mismo no les importa nada, algunas de las ofertas provenían de dioses que ni siquiera lo han visto.

No es especialmente especial, me dicen asombrados los que se imaginaban qué sé yo qué cosa rara o maravillosa. Es un mundo liso, plano, estriado de gris y con alguna mota jade aquí o allá; no tiene constelaciones (aún: evoluciona todavía su configuración estelar, se trata de un mundo joven), por lo tanto carece de planetas, de vida, de inteligencia, de humanidad... Pero todo se irá, estoy muy ilusionado con sus futuros seres humanos, voy a redimirlos a todos como sea, en este mundo no pienso hacer infierno y que critiquen lo que quieran. Mi excitación me obliga a comportamientos un poco infantiles, dicen, no dejo que nadie se acerque demasiado a mi mundo, de vez en cuando lo cierro de la vista pública si me parece que hay demasiados visitantes... qué sé yo, a lo mejor tienen razón, pero lo cierto es que su creador está arrepentido, él es uno de los que más han ofrecido para comprarlo otra vez, y ya sé de varios talleres donde se hacen mundos lisos, estriados, para la venta.

Con este asunto se ha desatado una como rara locura de consecuencias extrañas. Por ejemplo, el mundo que entregué yo a cambio como precio de éste, ya ha sido ambicionado por muchos y como su dueño, mi vendedor, no tuvo el inconveniente que yo he tenido en desprenderme del mío, ha pasado por varias manos y adquirido cada vez precios más altos. En la última venta han dado por él media docena de capullos de universos y un lote de tres nebulosas de gas. ¿Y qué era, valía tanto?... No me gusta despremiar mis propias creaciones, pero solamente se trataba de un orbe mediado, en buen uso sí pero enfriándose, novias la mayor parte de sus estrellas, planetas habitados ya ninguno... Quizá lo compre yo mismo otra vez, estarían hermosos contiguos los dos, mundo encrespado junto a mundo liso, uno que empieza y otro que termina, tierra sin hombre ya, tierra sin hombre todavía.

XC

Caen sobre mis manos, que tengo en reposo sobre el alféizar de un firmamento nocturno que dudo si crear o descrear, copos de nieve en forma de estrellas, cada una diferente, cada uno distinto. Siempre empiezo haciendo cosas que puedan caer, me gusta que el resto del trabajo se vea interrumpido de cuando en cuando por la lluvia, o la nevada, o el otoño. A veces esa minúscula e inesperada sorpresa me decide en favor o en contra de tal o cual detalle, recuerdo una vez que no sabía si poner música o tapizar de silencio un planeta altivo que esperaba en lo negro su troquel de existencia; justo en ese instante la brisa matutina trajo una llovizna de bellísimas gotículas repicando de frescura y suavidad la piel de mi alma, y permití que tal planeta bailara con el ritmo de aquella música de agua. O cuando el desierto más feroz de cuantos he diseñado nunca, se matizó ¿a mi pesar? de cierta ternura, al empezar a caer entre sus rocas desnudas las hojas de un otoño que ningún bosque enviaba y surgían como por magia sobre el suelo a cierta altura, remolino de pardos y amarillos colores, de bordes dentados y aromas crepusculares.

Y en la física de mis universos siempre incluyo una ley esencial que ordena modificar al menos un poco cualquier estado de cosas si en ese momento algo empieza a caer. Así se han hecho en mis mundos paces rápidas en medio de sangrientas batallas al comenzar el pedrisco, o ha sanado el moribundo por las estrellas fugaces de la noche de san lorenzo. Se me dirá que batallas siempre hay otras, que todos los hombres son y siguen siendo moribundos; sí, bien, pero en mis mundos las cosas cambian cuando algo cae.

XCI

Con razón me apodan 'Dios tipógrafo': en muchos de mis universos lo primero que hago no es la luz, sino la palabra escrita. Y a veces la luz no la hago.

Leyes físicas en las que la fuerza gravitatoria no ha sido incluida encontraréis en mis mundos a montones, pero allí los ríos escriben y los vientos imprimen. Nada se cae por su peso, pero lo que no escribe no existe. Puede que no haya mesías, pero nunca pongo menos de tres docenas de guttembergs, mis anticristos son siempre analfabetos.

Si se miran desde lejos mis mundos, siempre contienen mensajes en escogida tipografía, ya sea con las líneas de galaxias en la noche, ya con los meandros de los ríos en las montañas, ya con las espumas de las olas en los océanos. Puede poner, por ejemplo, con elegantes ariales sans serif en el borde festoneado de un tsunami devastador:

"Ya lanzado contra ti el martillo que te destrozará, destrozado estás antes de que te alcance, el tiempo es mi creatura y sus después son mis antes".

O en la rasgada piel de los desiertos las dunas intranquilas pregonar con góticas de caligráfica minuciosidad:

“No dejes que la desesperación te haga olvidarte de la soledad y de la muerte, a veces los efectos nos alejan de la causa”.

Pero como muchas veces no hago la luz, resulta que esos mensajes no los lee nadie, bueno, pues me da igual, yo los escribo lo mismo.

XCII

Me siguen cien jaurías que creé y no destruí, ni sé ya de qué mundo proviene su jadeo. Este cortejo de sombra constantemente me recuerda que hay un cosmos donde nacen los hombres y no mueren, me angustia su terrible situación, pero no sé qué mundo, y estos perros malditos todo otro rastro han perdido, sólo mi olor conservan.

XCIII

Cuidado con las maldiciones, si te olvidas de hacerlas luego tus humanos no saben blasfemar y tienen que recitar jaculatorias todo el tiempo, te dan un trabajo espantoso y casi siempre inútil, la mayor parte de las veces no te suplican sino que te increpan pero, claro, sin maldiciones...

Yo las hago en serie, tampoco me molesto en buscar la originalidad: expresiones breves y contundentes con el verbo que signifique evacuar heces y mi nombre, y andando. Generalmente son las que más usan y con las que más tranquilos se quedan, y he observado como curiosidad que, si se encuentran en un atolladero o lío y sueltan cabreados una de éstas, enseguida se les despeja la cabeza y encuentran la solución. Luego me piden perdón y me rezan oraciones normales y se van tan felices.

Ojalá funcionase al revés, pero qué va... ¡me cago en Hombre!

XCIV

Yo, que he creado de todo, desde titanes y héroes hasta yerbas y arenas, nunca he creado un hombre con el destino marcado, no es cierto que haya escrito en el tiempo la historia de nadie para que nunca la libertad encontrase su camino. Sí que he puesto obstáculos en el horizonte y sombras en el corazón de la luz: vivir es eso, de no haberlo hecho así no habrían sido diferentes de las montañas y de los mares, sus vidas hubieran carecido de objetivo y de valor. Pero la libertad ha sido siempre en mis mundos la esencia de los hombres, por sí mismos han escrito con sus actos sus crónicas, si el amor los ha traído y llevado como arrastran los vientos la alada semilla, si el odio los ha subido y bajado como desplazan las olas el corcho prisionero, por su voluntad ha sido que hayan dejado al uno y permitido al otro decidir su rumbo, pues anclados en sí mismos puse los cimientos de destinos tan sólidos que no pudiera el tiempo, no digo ya el sentimiento, traerlos y llevarlos a contrapelo de su antojo.

Quien haya sido despeñado por su ambición, que no me culpe de su desgracia; quien haya sido derrotado por su pereza, que no me achaque el origen de su desolación; quien haya sido aniquilado por su estupidez que no me acuse de traidor. Y que nadie me reproche no dejar que vuelvan a intentarlo; ser único es ser único, tener una sola vez un solo destino. ¿Acaso querrían repetirse a sí mismos veces infinitas como dioses eternos?

XCV

La mochila al hombro, la guitarra acompañando senderos sin destino, plantarse fijo y anclado en un punto y dejar que el universo desfile por tu lado, los árboles, las nubes, errabundos poblados, las inquietas ciudades, los mares peregrinos. Después de tantos mundos creados y deshechos no sé quién se desplaza, si el hombre o su paisaje, los dioses no entendemos esta disyuntiva, todo es nuestro aquí y todo es nuestro ahora, nada se nos viene y se nos va desde hasta. Hacia mí sus manos en oración sin respuesta alza un hombre que tiene en el regazo un hijo moribundo y no puedo hacer nada porque no sé quién se marcha, ni de dónde lo hace, si el que muere ahora o el que no todavía. Se van uno del otro, la muerte es alejarse, por eso los dioses somos inmortales, no es el tiempo, es el espacio donde la muerte mata.

XCVI

Cuando al fin todos los mundos se acaben consumiendo y los dioses igualmente y sólo esté la nada, cuando la escrita palabra siga escrita aún pero no pueda decirse, habrá sido cierto y habrá sido verdad y habrá sido real y no habrá sido engaño que la palabra ‘dios’ y la palabra ‘hombre’ habrán sido palabras y yo las habré hecho andar sobre mi historia cobrando sentido y dimensión y vida. Aunque nadie pueda entonces ni haya quizá podido nunca distinguirlos, saber cuál es causa y cuál efecto, si no fueron la misma, si fueron luz y sombra o eternidad y tiempo, o anverso y reverso de un solitario papel que es al fin lo que yo creo, letras manuscritas en un folio infinito que se escribe a sí mismo y se cuenta una historia.

XCVII

Han venido mil hombres sin dios a ofrecerse a cualquiera. Les he aceptado, eran vagabundos sin techo y sin altar, regresaban de mundos cuyos amos han dejado sin acabar la creación de las cosas, traían consigo tanta noche y tanta soledad como para llenar mil veces los océanos que en frágiles barcas han atravesado para llegar hasta mí.

Son oscuros como el azabache y quizá de azabache sean sus almas, no me importa de qué, estaban sin dios y sin templo, llamaban y les he abierto, buscaban y han hallado.

No entiendo sus oraciones pero les concedo lo que puedo, trato de imaginar qué me están pidiendo, cuáles puedan ser en este destierro sus necesidades esenciales para entregarles generoso lo que esté en mi mano, ojalá acertemos ellos y yo, me ofrecen sacrificios que no les he pedido, se postran ante mí y su sombra me alcanza, brillan en su piel los trozos de sal de los mares remotos que les han lamido el alma.

Aceptan sin rechistar las más humildes tareas, nunca empiezan empresa que no me dediquen, sacan el corazón cada noche en su mano para que yo compruebe sus sentimientos profundos, nadie ha tenido nunca humanos más fieles, a esta raza de antracita silenciosa quiero pertenecer cuando me toque ser hombre.

XCVIII

Uno de mis universos no tuvo más motivo que poder ir despacito caminando entre pinos llevando de la mano una niña pequeña con un sombrero de paja sobre su cabeza. Yo había pensado no dejar de caminar mientras la niña aguantara, pero tuve que pararme con los riñones molidos, harto de responder preguntas teológicas, mientras la niña me miraba con sus ojos grises y quizá se apiadaba de mi cansancio y de mi ignorancia. Bueno, se diría, este pobre viejo no aguanta nada, apenas llevamos caminando mil mundos y ya ha tenido que sentarse un rato. Y no sabe por qué la luz ni sabe para qué la sombra, no le preguntaré por los pinos, mejor me aguanto.

Cuando al fin pude ponerme de pie y seguir otra vez el paseo, la niña andaba despacito, pasito a pasito y no preguntaba, ha sido un descanso, es una niña intuitiva que sabe a qué atenerse. He notado que vuelve grises los pinos cuando con sus ojos los tiñe, y la parte de mi mano en que su mano me agarra es lo único caliente de todo mi cuerpo, de todo este mundo crepuscular y hermoso, ella lo hace hermoso, es fea la luz hasta que ilumina su pequeña figurita con rayas entre los pinos, el camino se crea cuando con sus pies lo pisa, vuelve un poco el izquierdo, no, por el contrario: es este mundo estúpido el que se mete un poco cuando ella da el paso, no lo he creado bien, me ha salido torcido.

Me suelto de la mano para colocarle el sombrero y, al perder su contacto, quedo ciego y sordo y no existo. Parado en medio de una nada de niebla tengo que esperar que ella vuelva a buscar mi mano, y entonces otra vez veo y oigo y existo y el camino se abre entre pinos y luces de la tarde de otoño, esta niña hace el mundo, no yo, por supuesto. Me alegra el corazón saber que lo ha creado para poder pasear conmigo de la mano, y que se ha puesto el sombrero porque sabe que me gusta y que me hace preguntas para que yo, orgulloso, pueda responderlas como si fuese el sabio creador de este mundo.

XCIX

Triste desolación la de aquel dios cuyos hijos, y eran gemelos, nacieron desiguales, marcados diferentes desde su mismo alumbramiento, uno dios como su padre, hombre el otro.

Nada pudo decirle la ciencia, nada consolarle la amistad, nada solucionarle la medicina, nada corregirle el amor, de sobre con a su hijo distinto, su hijo deficiente, su entraña enferma, su tristeza de padre incesante, aristado como cuarzo de puro dolor.

Nunca digáis que no puede ser trágico el destino de un dios, sobre todo si es padre. Nunca penséis en los dioses como lejanos y al margen de toda desgracia, acordaos de aquel dios que tuvo dos hijos diferentes y vedle encerrado en su muda desolación, íntimo en una aflicción tan hermética y apresadora que se desorienta su poderosa razón divina y naufraga en el océano de la angustia más turbulenta. ¡Ver sufrir a un hijo que nace diferente, qué desgarramiento para un padre por muy dios que sea! En ese trance se preferiría que el hijo fuese de una especie sorda en la que nadie tuviese oídos, de una especie ciega en la que nadie tuviese ojos, de una especie paralítica en la que nadie pudiera moverse, pero contemplar la errante, solitaria, aislada sordera, ceguera, inmovilidad cuando todos los demás alrededor han sido bendecidos con la música y la luz y el movimiento... Nunca ninguno de los atribulados dioses me ha inspirado tanta compasión como este dios padre de dos hijos diferentes, sin poder alegrarse jamás por su hijo sano, odiando la salud del uno por no atreverse a odiar la enfermedad del otro, solícito con la deficiencia y amargado con la plenitud, desgraciado por la desgracia y desgraciado por la felicidad...

Amo con tristeza a este dios derrotado y afligido cuyo corazón sin consuelo contempla día a día como en su hijo dios crece incesante la joroba de la eternidad, desterrado para siempre de la felicidad del hombre.

Termino este libro
'Historia de los dioses'
en Salamanca el miércoles 13 de agosto de 1997
Miguel Coboleda